

De la serie *Bitácoras*, Yadhith Río de la Loza, ENAP

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
La línea de la carretera (fragmento) / Mónica Lavín	
Dos poemas / Carlos Pineda	12
Amélie o aniversario de una cosa sin importancia / Alejandro Espinosa Gaona	14
Dos poemas / César Terrero Escalante	16
José Antonio de Armona #7 / Jorge Sáenz Villarreal	18
CONCURSO 34 DE PUNTO DE PARTIDA QUINTA ENTREGA	23
Ballena en rojo y blanco (cuento breve) / Andrés Márquez Mardones	24
Juan y Beatriz, de Carole Fréchette (traducción) / Laia Jufresa Álvarez	26
Trasfondos (cuento) / Guillermo Ríos Bonilla	31
Inventiones del DF: las mil caras de la urbe (crónica) / Estela García Galindo	33
REPORTAJE GRÁFICO	42
Bitácoras / Yadith Río de la Loza	
El kitsch y su vinculación con los arquetipos del bien y el mal en la lucha libre mexicana / Fátima Castro Rodríguez	50
EL RESEÑARIO	56
<i>El paraíso que fuimos</i> o cómo los perros intentan atrapar su propia cola / Édgar Mora Bautista	

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente  
*Rector*

Ignacio Solares  
*Coordinador de Difusión Cultural*

Malena Mijares  
*Directora de Literatura*



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 123, enero-febrero 2004

*Edición:* Carmina Estrada  
*Asistencia:* Santiago Igartúa Scherer  
*Asistencia secretarial:* Lucina Huerta

*Diseño:* Rafael Olvera  
*Ilustración para este número:* Taller  
coordinado por Santiago Ortega,  
Mario Maldonado Reyes  
*Fotografía de portada:* De la serie *Bitácoras*,  
Yadith Río de la Loza

La responsabilidad de los textos publicados  
en *Punto de partida* recae exclusivamente en  
sus autores, y su contenido no refleja necesari-  
amente el criterio de la institución.

*Punto de partida* es una publicación de la  
Dirección de Literatura de la Coordinación de  
Difusión Cultural de la Universidad Nacional  
Autónoma de México. ISSN: 0188-38IX. Cer-  
tificado de licitud de título: 5851. Certificado  
de licitud de contenido: 4524. Reserva de dere-  
chos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a  
*Punto de partida*, Dirección de Literatura,  
Zona Administrativa Exterior, Edificio C,  
primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán,  
México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01  
Fax: 56 22 62 43  
correo electrónico:  
cestrada@correo.unam.mx

Este número de año nuevo inicia con una primicia en nuestra sección Del Árbol Genealógico. Se trata del capítulo diez de *La línea de la carretera*, novela de Mónica Lavín que publicará Plaza & Janés en el próximo mes de marzo. Y para seguir con nuestros regalos de reyes, publicamos una muestra breve pero representativa del trabajo poético de tres jóvenes escritores: Carlos Pineda y Alejandro Espinosa, ambos estudiantes de letras, y César Terrero, del Instituto de Física.

“José Antonio de Armona #7” es el relato de un momento en la vida de cuatro personajes que habitan una vivienda de alquiler. Su autor, Jorge Sáenz, alumno de la Universidad de Austin en Texas, combina de manera notable la sordidez de los acontecimientos de nota roja con un tono distante que recuerda los reportes médicos, y que estamos seguros nuestros lectores disfrutarán.

Continuamos en esta edición con el material ganador del Concurso 34 de la revista. Toca el turno a cuatro textos acreedores de mención en cuento breve, traducción —un fragmento de *Jean et Béatrice*, de la dramaturga quebequense Carole Fréchette—, cuento y crónica; presentamos también un ensayo sobre el kitsch en la lucha libre mexicana, tema por demás interesante, galardonado en nuestro Concurso 33.

Uno de los objetivos de esta nueva época de *Punto de partida* ha sido dar cabida en sus páginas no sólo a las letras sino también a la expresión plástica universitaria. Este mes, Yadith Río de la Loza, estudiante de la Escuela Nacional de Artes Plásticas, comparte con nosotros una personalísima recreación del mundo marino en su serie “Bitácoras” y nos brinda una de sus fotografías para vestir nuestra portada.

Para concluir, invitamos a nuestros lectores a participar en el Concurso 35 de *Punto de partida*, cuya convocatoria aparece en las páginas finales de este número. Nuestros mejores deseos para este 2004. ●



# La línea de la carretera (fragmento)

Mónica Lavín

10.

Era de noche y Ana no podía descifrar el paisaje del lugar que recorrían. El padre de Kimberly había anunciado que faltaba poco para llegar. Seguían preguntando a Ana cosas de México y de su familia y la obligaban a pensar y contestar en inglés, a pronunciar correctamente, pero en realidad ella quería que estuvieran callados un rato. Necesitaba estar a solas con su extrañeza. Comprendía que empezaba a estar lejos: las sensaciones no se podían transmitir de inmediato. Por ejemplo, no podía contarles a sus padres cómo había pasado de largo frente a la familia Connors, porque la foto de Kimberly con el pelo largo y una camisa a cuadros no correspondía con la que estaba en el aeropuerto: era alta, de pelo corto, con los ojos muy pequeños y frenos. En la foto Kimberly no enseñaba los dientes. Tampoco los reconoció porque los padres de Kim eran unos señores como sus abuelos, ella con el pelo totalmente canoso y él calvo. Siguió de largo y se sintió desconcertada. Por primera vez después de la larga travesía la asaltó el miedo. ¿Y si no llegaran? ¿Qué haría ella en ese aeropuerto pequeño? Le tocaron el hombro, era Kimberly que le preguntaba si ella era Ana Duarte.

—¿Kimberly?

Se quedaron de pie una frente a la otra.

—Kim— dijo ella.

Ana la saludó con un beso igual que a sus padres.

Había tenido que traspasar en Los Ángeles y en San Francisco, la azafata que traía su pasaporte y con la que estaba encargada desapareció por dos largas horas en el segundo traspaso. Pidió que la vocearan, se había aprendido el nombre que traía escrito en una tarjeta prendida al traje. Nunca había visto una azafata en vivo y le parecía admirable que sonrieran siempre, que el traje no se arrugara y que se llamaran cosas como Mildred o Karen. La de su pasaporte era Mildred James. ¿Podía olvidar un nombre así? Al rato apareció la azafata con sus papeles en la mano y una disculpa.

Recorrer un aeropuerto cinco horas no resultó pesado. No conocía más que el aeropuerto de su ciudad y sólo por instantes. Cuando llegaron sus padres de

La novela *La línea de la carretera* será publicada en marzo de este año por Plaza & Janés.

Europa, cuando viajó su abuelo. Le gustaba la terraza del de la Ciudad de México porque se veían los aviones despegar y a los pasajeros subir la escalera. Algunos sacudían la mano o mandaban besos, pero el aeropuerto de San Francisco era enorme. Tenía tiendas y cafeterías, máquinas de dulces. Se compró un Hershey's y una banderola que decía San Francisco. Inundaría su cuarto de pedazos del viaje. En los pasillos había muchachos y muchachas de pelo largo con los pantalones gastados, mochilas al hombro. Le pareció tan ridículo su atuendo de piel. Parecía una mosca en el lugar, una señora enana. Si la viera Andrés. Qué bueno que no había ido al aeropuerto a despedirla. Ya le había dicho que no podía, que tenía reunión con su hermano, que los granaderos no tenían derecho a meterse a las preparatorias ni a la universidad. Mientras hablaba le revelaba a Ana un mundo muy distinto al de su escuela. Apenas y había oído de la pelea entre una vocacional y una preparatoria y no la entendía, o no le importaba. No pasaban nada en televisión y en su casa no lo mencionaban. Sólo Joaquín de repente decía que no se valía que estuvieran los policías metidos en las escuelas.

—Tú qué sabes quién está detrás de todo esto —decía papá.

—¿Será el mismo que está detrás de la universidad de París, de Kent, de Yale? —lo retaba Joaquín.

Ana había visto las fotos de un muchacho muerto tendido en el pasto mientras una estudiante en silla de ruedas parecía gritar algo. Le indignaba pero le parecía lejos. Una película en una pantalla. En su secundaria no pasaba nada. Por eso estaba ella aquí metiendo las narices en otro mundo. No quería tanta quietud.

—¿Entonces dejaste las olimpiadas en tu país para venir a vernos? —preguntó el papá de Kimberly.

—Sí —contestó tímidamente Ana. Siempre le había parecido que este viaje a lo incierto era mejor aventura que lo que pudiera pasar en su país.

—Nos halaga —contestó la madrastra de Kimberly.

Eran demasiadas cosas para un día, por eso quería dejar de escuchar las preguntas en inglés. El avión era algo delicioso, esa fuerza para elevar el aparato y luego el silencio de las alturas. El color blanco intenso de las nubes, como en un cuadro, contra el cielo azul y abajo el paisaje empequeñecido, las parcelas, las manzanas perfectas conforme volaban sobre Los Ángeles; el mar y un pedazo del Golden Gate Bridge que pudo ver desde el avión y luego durante la noche mirar un tapiz de luces, sospechar a la gente dormida y ella volando sobre sus cabezas. Quería apuntar todo pero prefería mirar adentro y afuera del aparato. La pasaron a primera porque a alguien le faltaba asiento y ella viajó en el más ancho posible, con su libro en las piernas que apenas leía y espiando a las azafatas y sus afanes porque no le faltara nada a ella. La charola de comida y los saleros diminutos, los cubiertos que se guardó como recuerdo del viaje con el pelícano grabado en los mangos.

—Nunca había viajado en avión —les dijo a sus anfitriones.

—Eres muy valiente —le dijo la señora Connors.

No entendía qué tenía de valiente treparse al confort de las aeronaves, tenía ganas de decirles que era muy afortunada y que tendría mucho que contar en casa y a sus amigas, a su amiga Mariana y a Andrés. Tal vez a Andrés le pareciera muy tonto lo que a ella le ocurría. No eran grandes cosas y sin embargo la llenaban de alegría. No eran como las reuniones que seguramente tendrían los estudiantes y a donde iban Joaquín y Andrés, pero le hubiera gustado compartirlas. Le escribiría lo antes posible. Antes de que las emociones se le olvidaran o unas se tragarán a las otras.

—Aquí empieza Williams —dijo el padre de Kimberly.

Ana alcanzó a ver un letrero sobre la carretera y después de un rato una casa, luego otra. Entendió que no había pueblo sino casas desperdigadas.

—Ésta es nuestra casa —habló por fin Kimberly cuando el padre giró el auto para entrar bajo un cobertizo.

Un pequeño farol iluminaba un porche. Ana sólo distinguió un número, 390 junto al buzón rojo, y el color amarillo de la madera.

—Bienvenida —dijeron los padres tras abrir la puerta y llevar sus maletas a la habitación de Kim.

—Estarás fatigada —dijeron ellos que también estaban cansados por el recorrido hasta Medford.

—¿Quieres leche con galletas? —le dijo Kim.

Ana accedió. Sobre la alfombra de la recámara, entre mordiscos y tragos de leche comenzó a acostumbrarse a la voz de Kim y a la recámara, a sus carteles con caballos y el medio clóset que compartirían esos meses. ●

**Mónica Lavín** es autora de libros de cuentos y novelas. Su obra aparece en antologías nacionales e internacionales. En 1996 recibió el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen por el libro de cuentos *Ruby Tuesday no ha muerto* (Diana-Difocur); en 2001 recibió el Premio Narrativa de Colima por la novela *Café cortado* (Plaza & Janés). Entre sus libros de cuentos figuran *Nicolasa y los encajes* (Lectorum), *La isla blanca* (Lectorum) y el más reciente *Uno no sabe* (Plaza & Janés, 2003); entre sus novelas, *La más faulera*, *Tonada de un viejo amor*, *Cambio de vías* (todas en Plaza & Janés). El libro *Leo, luego escribo*, sobre el placer de la lectura (Lectorum) fue seleccionado para las Bibliotecas de aula. Colabora en diversas publicaciones, ha hecho guiones para documentales, conducido programas de radio, coordinado antologías y ediciones especiales. Es maestra de la Escuela de Escritores de la SOGEM y miembro del Sistema Nacional de Creadores.

# Dos poemas

Carlos Pineda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-IZTAPALAPA

## Malanga al alfil

*¡Malanga al alfil!* dije.

Y perplejas, las ratas se miraron.

*Que las hormigas decidan.* Dijeron (susurraron).

Y tal cual siempre,  
levantaron un gran promontorio de polvo,  
que alguien,

algún día,

llamará Babel.



Dibujos de David Becerra, Tecnológico de Monterrey, Ciudad de México

## Gárgolas

A mil y metro del piso,  
a mil í m e t r o por suspiro,  
espeso el paso de su sangre al mover los músculos,  
al tirar de los tendones cursivos.

Casi quietas, calmas,  
miran la plaza,  
con la filosofía entre las garras  
y el habla trunca bajo el paladar hendido.

Esperan que el viento lleve la siesta al fauno;  
y que comiencen los lamentos del estío.

En el momento preciso,  
(con el sombrero ladeado así,  
como de malamigo)  
descienden, por fin,  
a recoger su polvo,  
a caminar un rato,  
a contar los pasos de los presos,  
los suspiros de los idos;

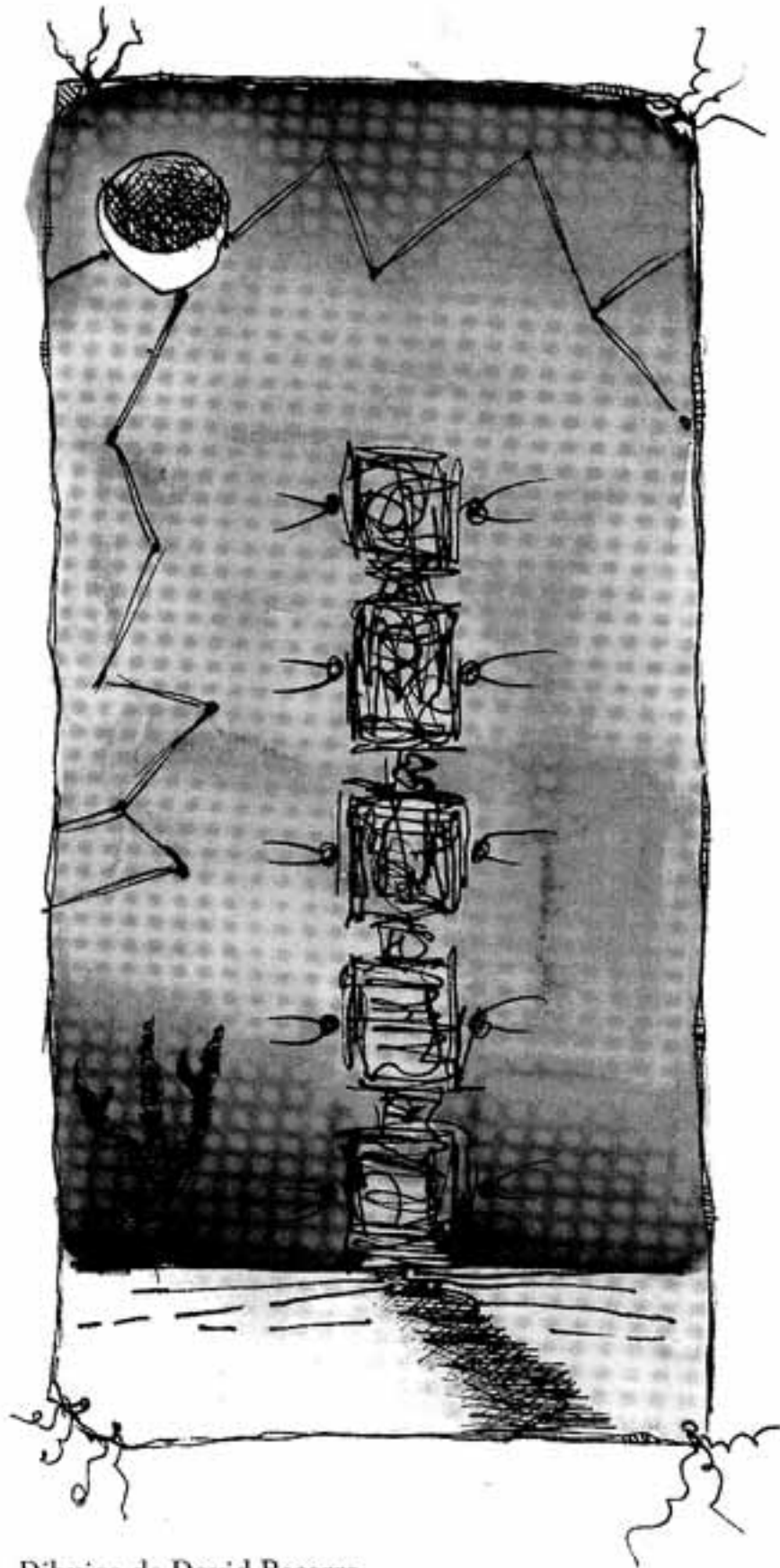
descienden como un párpado leporino,  
a buscar geranios en el asfalto,  
y alguna colilla que les cobije del frío...



# Amélie o aniversario de una cosa sin importancia

Alejandro Espinosa Gaona  
FACULTAD DE DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

*A Brenda*



Dibujos de David Becerra,  
Tecnológico de Monterrey, Ciudad de México

De pie, junto a la ventana  
el disciplinador de almas  
evoca al viejo Manhattan  
mira el anuncio del estanco  
junto a lo que se permite llamar  
palabra o dado,  
tótem desolado de la posmodernidad

la otra orilla iza un árbol en su centro  
Amélie Poulain pende de una muleta

ruborizada

permea en secreto, lentamente, semillas:  
madre de los no-amados  
grito náufrago en balde

la luna dilatándose hasta la punta de la noche

condena a muerte al universo  
Amélie desfallece, ajena al lírico

distraído



# Dos poemas

César Terrero Escalante

INSTITUTO DE FÍSICA, UNAM

## Causa del sueño

Abrazada la causa del héroe del hígado tierno  
sobre la roca encendida, piedra egoísta y propicia,  
en las puertas de la noche vociferan los guerreros.

Portando el fuego de todos asedian al ojo insomne,  
nuevo padre, vieja esposa, dura razón del desquicio  
regresando lastimero, destrozada turbulencia.

Les contempla paternal y comprensivo pero vierte  
diestro el vino en las gargantas aletargadas y secas,  
colmando el hoyo del juicio con leche falsificada.

Dormirán en las cazuelas, en el fondo de los pozos  
donde el hereje diluye sombras de gritos silentes  
y en la próxima fase lunar buscará el desconcierto.

Dibujos de David Becerra,  
Tecnológico de Monterrey, Ciudad de México



## Certidumbre

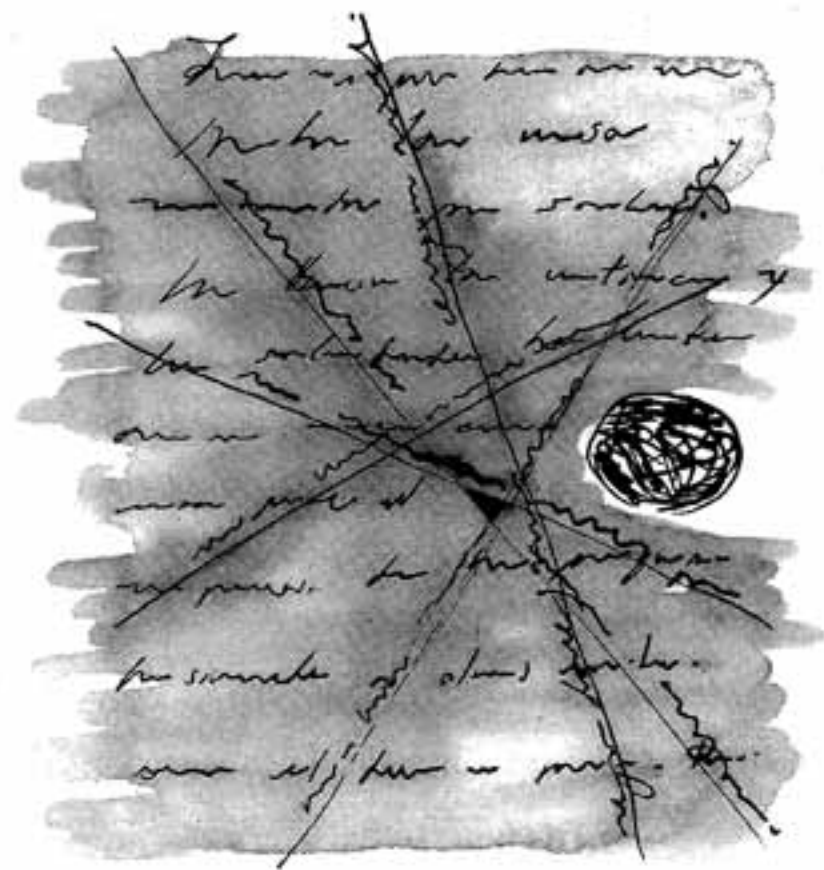
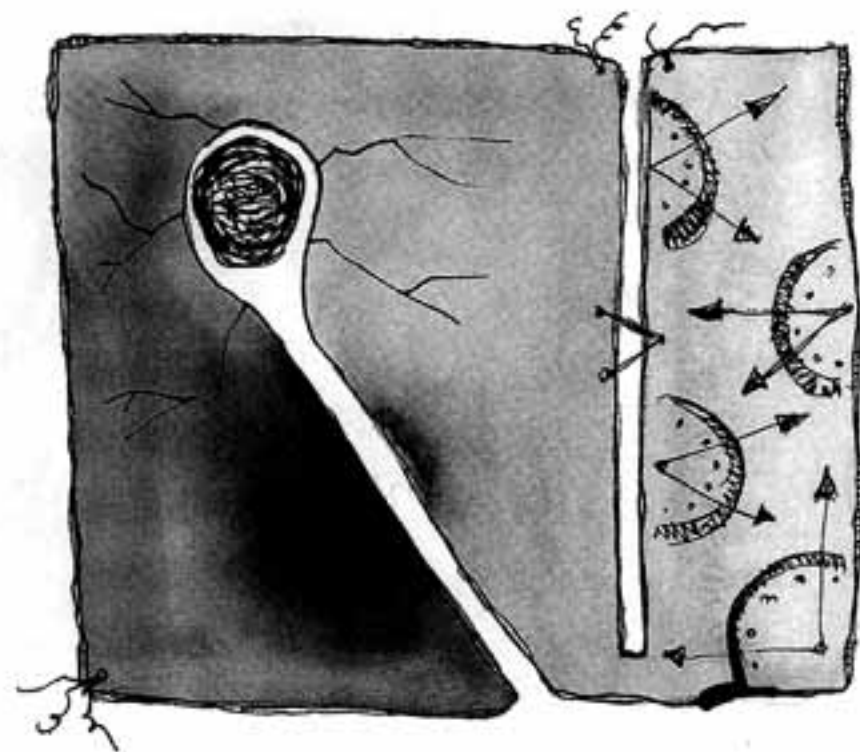
Hoy lo único cierto es la arrancada,  
el tiempo con lumínico andar escapando del juego.

Todo es matas de plátanos, sol desbocado y mosquitos  
y castillos nevados en lo alto de Sajonia.  
Alguien dice que vale la pena  
explorar el interior de los volcanes  
y comienza la búsqueda del último minuto.

Sonó el disparo, es posible  
que se pierdan los pasos  
remedando un bongó en la Novena Avenida,  
o en la novena posesión del Amazonas.  
Tanto mejor si se perdieran en la Novena Sinfonía,  
ahogados en madera de oboe.

Vuelve la náusea a pasear por públicos, bellos jardines.  
Vuelve a estar de más, como todos:  
todos los versos arañados por los soles,  
la lluvia, la ventisca y las soledades  
de veinte años, casi nada  
más que el regreso de pájaros  
disímiles al mismo nido.

Así, la aristocracia de una fuente hermosa  
regresa en porcelana para té mentolado.



# José Antonio de Armona #7

Jorge Sáenz Villarreal

UNIVERSIDAD DE TEXAS EN AUSTIN

*El equilibrio en las estructuras  
que conforman los edificios  
obedece al fiel funcionamiento  
de sus sistemas internos*

Ian Joseph

## Primero interior izquierda

El barbero ludirá sus deseos serpentinos al ver el contenido del paquete minuciosamente confeccionado con papel celofán. Sus sentidos no mentirán: chocolates. Las figuras de cacao conservarán la efigie de miembros corporales en tamaño real: una oreja, un dedo, e incluso en el fondo alcanzará a reconocer una gragea negra que el barbero dudará en la evidencia de que ésta pudiera tratarse de un corvo clítoris.

El barbero iniciará su actividad de comensal con los dedos de chocolate, piezas que siempre deseó tener dentro y fuera de su boca. Finalizará con las rodillas y se negará a ir más abajo, nunca gozó de los fetiches que involucraran a los pies. La tragazón únicamente de partes que en su normalidad son besables le brindará al barbero una sensación de bienestar mientras ejerce el acto indirectamente canibalesco. En el masticado de los trozos la escena que desplegará el barbero podría describirse como pueril, incluso tierna, al contrario de lo que pensará su mujer cuando descubra en flagrancia la hazaña entera minutos más tarde (que sugiero omitir del relato ya que desvía el propósito del mismo). De esta manera el barbero go-

zará del placer infantil al que se someten los niños al comer golosinas cuando se les tienen prohibidas. Disfrutará también de tener en todas sus posibilidades y formas el cuerpo de otra mujer.

Días antes el barbero hubo de pedirle al dueño de la confitería un favor especial. Éste consistía en formar chocolatinas con el molde de variadas partes del cadáver de la hermana de su mujer, fallecida una semana antes, el día de los santos fieles. Cabe agregar que esta joven mujer nunca cedió (en vida) al iterativo cortejo del barbero. El hecho de que ella fuese la hermana de la esposa del barbero le daba razón suficiente para rechazar cualquier intento de éste por obtener su cuerpo. La mujer hubo de morir tiempo después bajo circunstancias no gratas e irrelevantes para la historia. Ahora bien, la proeza del confitero consistía en tomar las partes del cuerpo de la occisa para hacer moldes de cal en los

Acuarelas de Mario Maldonado,  
Escuela Nacional de Artes Plásticas



que después se vertería el chocolate derretido. Esta transacción se mantendría en una privacidad absoluta: el dueño de la confitería sólo aceptó la profanación y la barnizadura del cuerpo a cambio de un secreto desfogue necrófilo. El barbero asintió y propuso inclusive una módica cantidad monetaria que prometió pagar en corto plazo con base en la disminución significativa de los lujos con los que contaba su esposa y que consentían su excesiva ufanía pública. La verdadera razón del barbero para cometer esta hazaña inusual fue declarada años después en un grupo de rehabilitación y era, según sus palabras: “el dulce deleite que produce la infidelidad de lo que no se puede obtener”.

### Segundo interior derecha

El mecanógrafo alimentará a sus cuarenta y tres gatos con yogur de la más alta calidad combinado con un fuerte régimen de alimentos felinos de importación. No le habrá importado vivir en un espacio tan reducido que constaba de tan sólo unos pocos metros, suficientes para colocar tres electrodomésticos, una cama, la regadera y el bidé. Tampoco será de su inconformidad el vivir en un ambiente insalubre y soportar el hedor combinado con la pelusa que producen los animales en cautiverio. Los vecinos señalarán el lugar y lo nombrarán el cuarto de servicio no sólo porque ésta fue la función primigenia del habitáculo. Por el contrario, su apodo provendrá de su condición presente y futura, mismas que serán causa de preocupación y burla de más de un vecino. El mecanógrafo sin embargo mantendrá una actitud estoica al respecto. Observará con paciencia el crecimiento de los hilos de pelo en sus mascotas y sin ningún recato gastará la mayoría de su salario en la manutención y bienestar de sus mininos consentidos. Dentro de sus diminutas preocupaciones existenciales se confabularán el futuro de los animales cuando su protector haya partido del mundo y el enigma de la supuesta deidad gatuna en la idiosincrasia egipcia.



El rentero tocará la puerta del segundo interior derecha sólo para conseguir por respuesta cuarenta y tres alaridos que emularán el llanto del neonato. Pensará que haber acomodado el cuarto de servicio para que fuera habitable había sido un favor que jamás debió haber concedido al mecanógrafo. Su condición de anciano y su indulgencia fiel hacia los gatos hubieron de persuadir al arrendador de cederle el cuarto rehabilitado y después arrendarlo por una mínima cantidad por mes. Al paso de los días y tras notar un extraño comportamiento en el mecanógrafo como el de robarse los gatos de los edificios contiguos y las calles aledañas, pensó en llamar a la policía y expulsar de una manera ordenada y gentil al anciano de su edificio. Por principio de cuentas el rentero atribuyó semejante conducta a los efectos devastadores de la demencia senil, también caviló en la idea de que quizás la soledad o el deterioro del ánimo propiciaban dichas actividades. El pensamiento de que tal vez aquel anciano se acercaba al final de sus días, aunado a un profundo sentimiento de morbo, provocó al rentero a claudicar su llamado policial. Poco después el rentero se enterará por boca de vecinos ociosos que el inquilino habrá perdido su humilde trabajo de mecanógrafo en



La Casa de los Corazones Fieles, lugar donde diligentemente ejercía su oficio, y se propondrá de inmediato ir a tocar la puerta para ponerse al corriente sobre el estado anímico y económico del viejo. Después de golpear la puerta repetidas veces y escuchar sólo el gemido de los felinos optará por llamar a la policía. Éstos llegarán con tres días de retraso y a su arribo los esperará la comunidad de José Antonio de Armona #7 enloquecida y alarmada por el fuerte olor a cuerpo en descomposición emanante del cuarto de servicio. Los policías entrarán a la fuerza y encontrarán al mecanógrafo acostado en la cama con las sábanas salpicadas por máculas de un color carmesí, que el resultado pericial señalaría como sangre. Uno de los policías acompañantes saldrá rápidamente de la escena para respirar aire fresco y tratar de olvidar la escena que consistía en partículas orgánicas colgando de las paredes y las bocas de los felinos. Los gatos al ver la puerta abierta pronto escapan, buscarán sus hogares de infancia y al llegar con sus antiguos amos o volver a sus viejas rutinas vagantes olvidarán indolentemente su asesinato previo. El rentero se verá inmensamente preocupado por la futura reputación

del recinto y la combinación del costo de la policía y los servicios de limpieza. Algo que el rentero no olvidará durante sus próximos treinta y siete años de vida restantes es que por más cuidado que se le preste a las bestias, éstas nunca son del todo de fiar.

### Quinto exterior derecha

Justo en medio del descubrimiento en flagrancia del banquete "chocolatil" del barbero por su esposa y la muerte del mecanógrafo, la enfermera optará por claudicar en su búsqueda del hombre ideal tras varios fracasos amorosos. De esta forma se independizará tras la emancipación que produce el dildo. Meditará las razones de su decisión: la continua funcionalidad, perpetua fidelidad, asepsia y seguridad infalible que sólo un miembro artificial puede proveer. La enfermera guardará el lúbrico cilindro debajo de su almohada y sólo le bastará un ligero ardor uterino para prescindir de su presencia. No habrá discusiones ni adulterios, cansancios o intimidades postergadas. El objeto de importación le dará un sí en un *on* y tras el cansancio de la enfermera un no en un *off*. Durante las tardes los vecinos habrán confundido los maullidos de la enfermera con alguno de los cuarenta y tres gatos del mecanógrafo. Descubrirán que se trata de una mujer en éxtasis al notar una ligera variación humana en la sonoridad de los mugidos. El consolador le dará a la enfermera una seguridad que le habría durado por varios años si no fuera porque en un desgastado día de marzo su fiel desempeño mecánico cesará. El artilugio trémulo sufrirá una disfunción irreparable. La enfermera decidirá no comprar otro aparato más y guardará luto por varios meses en respeto al aprecio que tenía por aquel instrumento de acelerada y corta vida. Con lágrimas en los ojos y una intensidad inmensa recordará para siempre con añoro lo que ella consideraba en el miembro de goma su virtud más loable: su fidelidad hasta la muerte.

### Tercero interior derecha

El pintor llevará un mes sin conseguir pincelar absolutamente nada. El arrendador pasará por alto el retraso en el pago de la renta, inclusive lo eximirá de éste. Sus visitas los miércoles por la tarde tienen un precio. La comunidad de José Antonio de Armona #7 bien se dará por enterada de los constantes descansos del arrendador en el departamento del pintor. El barbero inclusive propondrá al arrendador no comentar los desvíos a su esposa a cambio de un descuento mensual en la renta. Como dato curioso bien valdría saberse que la mujer del arrendador nunca se ha aparecido por el edificio, a esto el mecanógrafo le ha encontrado el porqué, y le cuenta a sus gatos que está muerta, desaparecida. Al pintor no le gusta pensar en eso, le agrada más la idea de que su amante semanal se esconde tras la injuria del adulterio a que lo haga tras el oprobio de la perversión sodomita. La enfermera, que conserva una amistad distante con el pintor, habrá de demostrarle los beneficios de un amante plástico, lo cual el pintor inmediatamente rechazará por considerarlo falto de peligro, del vuelco en el corazón que produce el poder ser sorprendido en flagrancia en cualquier instante.

Tras la muerte del mecanógrafo las visitas del arrendador se verán menguadas. Según la versión del rentero, esto de deberá a su intento por evadir y no propagar más escándalos en el recinto. El pintor para ese entonces ya habrá dejado de pintar por completo y se dedicará a oficios que él llama "más útiles" como el de oficinista, mesero o prostituto. Estas labores las ejercerá en distintas etapas de las veinticuatro horas. Dará inicio el día con su trabajo detrás de un escritorio en una agencia de viajes donde mostrará a clientes los paraísos terrenales. Por las tardes se dirigirá al restaurante ubicado justo enfrente de José Antonio de Armona #7 donde servirá mesas y concertará citas, revelando de esta manera a sus clientes los paraísos carnales. Al principio todos los sexo-servicios tendrán la misma cuota, con el tiempo y al volverse más avezado, cada favor tendrá un monto distinto en pesetas. El arrendador no mostrará enojo

alguno tras enterarse de las nuevas actividades del pintor, inclusive lo alentará a invitarlo cada vez que éste tenga concurrentes en su hogar. El pintor nunca lo hará, preferirá mantener en secreto sus actividades de lucro, imaginando así que un buen día el rentero llegará y lo sorprenderá en su pequeño prostíbulo. Esa fantasía nunca se realizará, el pintor se cansará de esperar el enojo del rentero y un buen día se marchará del edificio aun cuando tenía año y medio sin que nadie le pidiera un centavo de renta. La enfermera pudo enterarse por boca del mismo pintor que éste se marchaba a México, mientras sollozaba en verso que no hay peor mal que el del ladrón que roba maridos y al final lo arrojan al olvido. La enfermera poco puso atención a su refrán. Tiempo después y en medio de una sesión consoladora con su juguete (misma que será la última del desafortado artefacto) se acordará de él y no encontrará más sentimiento para recordarlo que el de la distancia, aquella que borra caras, aparta seres y a juicio del barbero nos hace cometer infidelidades. ●



---

**PUNTO  
DE PARTIDA**

---

**PUNTO  
DE PARTIDA**



**PUNTO DE  
PARTIDA**

**Punto**



**punto**  
DE PARTIDA



## Concurso 34

Quinta entrega

*Ballena en rojo y blanco* / Mención en cuento breve  
Andrés Márquez Mardones, Lengua y Literaturas Hispánicas  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM  
Jurado: Armando Pereira y José Vicente Anaya

*Juan y Beatriz (fragmento)* / Mención en traducción  
Laia Jufresa Álvarez, Filosofía  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM  
Jurado: Mónica Mansour y Flora Botton

*Trasfondos* / Mención en cuento  
Guillermo Ríos Bonilla, Posgrado en Letras  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM  
Jurado: Angelina Muñiz-Huberman, Federico Patán y Mauricio Molina

*Inventiones del DF: las mil caras de la urbe* / Mención en crónica  
Estela García Galindo, Posgrado en Literatura Mexicana del Siglo XX  
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco  
Jurado: Ana Cecilia Lazcano y Mauricio Molina

# Ballena en rojo y blanco

Andrés Márquez Mardones

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

La panza de Simón nace en la espalda con una lonja descomunal que lo rodea y hace arruga en los senos que le cuelgan como si fuera mujer vieja. Le gusta nadar porque su cuerpo flota, es más ligero que en la tierra, el peso desaparece. Se avienta con esfuerzo y al caer el agua llega hasta los vestidos, por eso en la escuela le dicen el Ballena, por eso y por su piel rosada que brilla dentro de la alberca.

Se aprovecha de sus compañeros porque es más grande; les esconde los calzones cuando se bañan, los avienta al colector de basura que está afuera, bajo la ventana de los vestidores; luego se burla de ellos.

Cuando alguien quiere pegarle, basta que Simón se le aviente encima y lo aplaste contra el suelo o una pared; les saca el aire, los asfixia.

Le gusta bañarse en la regadera del fondo porque allí sale el agua más caliente. Pone sus cosas en el banquito de afuera y cierra la cortina para que no lo vean encuerarse. Ahora se encuentra en la regadera; en el vestidor se escucha el escándalo de siempre. Se quita el traje de baño, se le derraman las nalgas y la panza cae libre, el cuerpo se le escurre como el agua, los brazos, las mejillas redondas, toda la grasa incontenible.



Dibujos de Paula Ivette Ávila, Escuela Nacional de Artes Plásticas



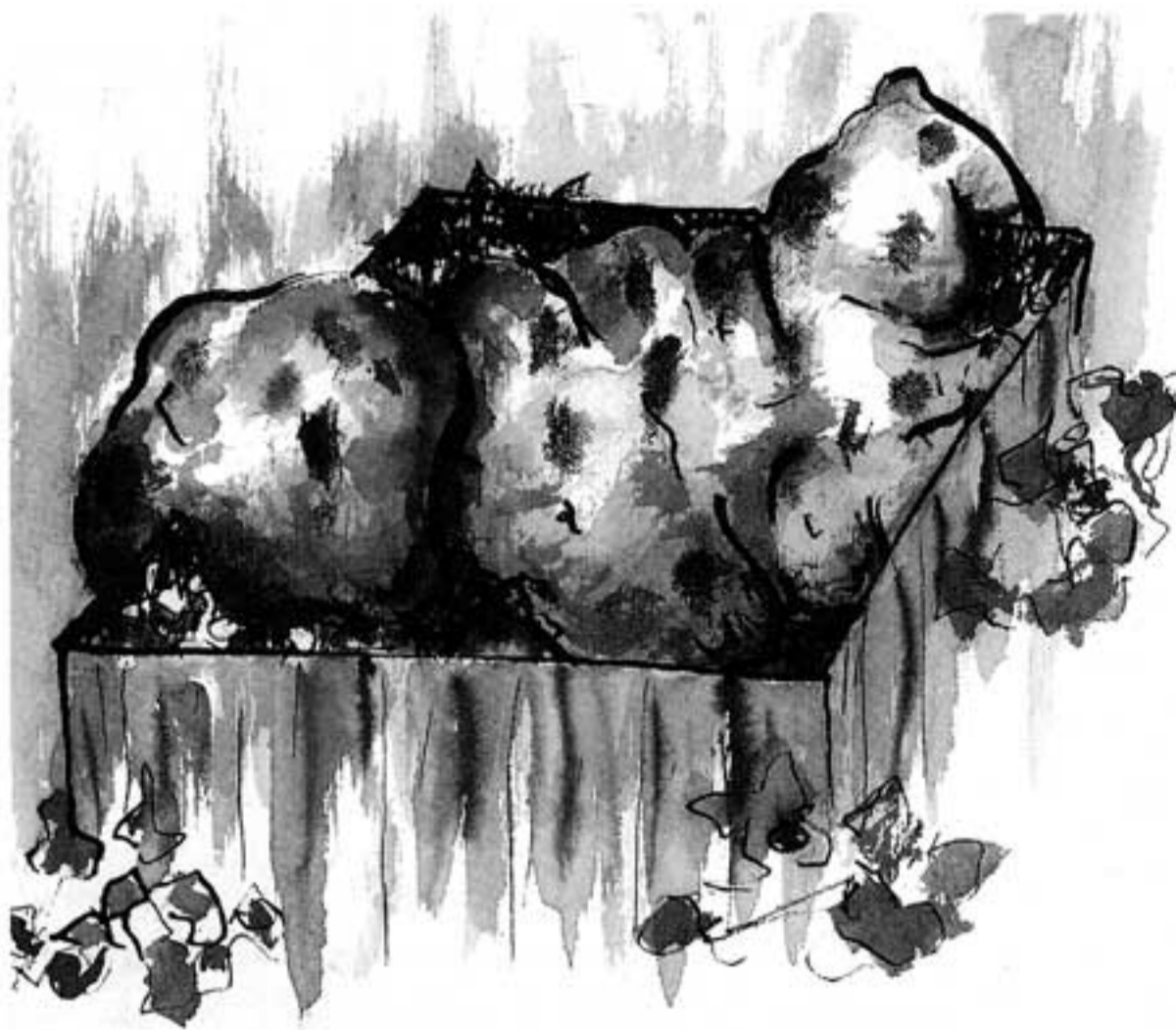
De pronto el ruido se detiene, sólo se percibe el sonido de la ducha. Alguien abre la cortina. Simón les grita “putos”, los amenaza y la cierra sin salir del agua. Es más la vergüenza de mostrar su cuerpo que el coraje.

Entonces empieza el grito: ¡Ba-lle-na! ¡Ba-lle-na! Es un grito anónimo que le duele a Simón en cada gramo de su cuerpo. Un estertor gigante que aumenta poco a poco: ¡Ba-lle-na! ¡Ba-lle-na!, y se abre nuevamente la cortina.

Ya no se ven sus cosas, sale a buscar al culpable. Allí están ellos, formando una masa densa, como el cuerpo del gordo, que grita: ¡Ba-lle-na! ¡Ba-lle-na!

Tienen sus arpones de toallas mojadas. Simón vocifera, pero el sonido es un grito ahogado que se atora en las redes de la turba.

Alguien lanza el primer arponazo de toalla. Acierta en medio del abdomen. Pero seguro que no le duele, la carne que tiene lo defiende como una coraza. Hay que clavarle más. Entonces salen todos los arpones de la tripulación enardecida de un ballenero que dispara y atesta en el cuerpo del cetáceo, del Ballena, de Simón.



Le pegan en la cara, le pegan en los pechos, en la espalda, en las nalgas aguadas y celulíticas, en el estómago, en la boca, en los testículos ocultos entre lonjas, en las piernas, en los brazos, en toda su carne. Le pegan a Simón que recula e intenta esconderse bajo el chorro de la regadera.

El dolor es inubicable. El ardor está en cada marca.

Alguien da el último arponazo. Simón cae. Respira pero tiene los ojos cerrados.

Todos salen del vestidor en silencio, para no interrumpir el sonido del agua que cae en el cuerpo de Simón. Atrancan la puerta para que no se vaya el pez gordo.

El agua se está enfriando, calma un poco el calor de las marcas de una ballena en rojo y blanco. Se levanta y busca sus cosas. Sabe que no están en el vestidor. Camina a la ventana. Es seguro que no cabe pero lo intenta. La ventana vieja no resiste el peso y se derrumba...

Simón está medio muerto en el colector de basura, un gato le lame las heridas, pero él sabe que no es para consolarlo, el cuerpo está húmedo y el gato —adulto como sus compañeros— tiene sed. **P**

# Juan y Beatriz (fragmento)

Laia Jufresa Álvarez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Título original: *Jean et Béatrice*,  
obra de teatro de Carole Fréchette,  
Léméac / Actes Sud-Papiers, Arles, 2002

## Personajes:

BEATRIZ

JUAN

*La acción sucede en una amplia pieza casi vacía. Al centro, una ventana panorámica con una abertura minúscula para la ventilación. A un lado, una única puerta cerrada con llave. Un sillón, bastante imponente, situado frente a la ventana. Prendidas con alfileres a la pared, varias fotos, todas del mismo tamaño. Sobre una pequeña mesa, una cámara Polaroid. En una esquina, una canasta con manzanas rojas y brillantes. Sobre el piso, decenas de botellas de agua, vacías y llenas. Y también, repartidos por el suelo, algunos corazones de manzana que se oxidan tranquilamente al sol.*

*El clima es agradable. Por la ventana percibimos algunos rascacielos que brillan bajo la luz del final de la tarde. Algunos pájaros, tal vez, pasan de repente. Estamos en el piso treinta y tres.*

*Sentada en el sillón, mirando hacia la ventana, una mujer joven come una manzana. Es Beatriz. El ruido de las mordidas resuena en la pieza casi vacía.*

*Beatriz tiene el cabello largo, ondulado, hasta los riñones, como las princesas de la Edad Media.*

*Después de un largo rato, alguien toca a la puerta.*

BEATRIZ: ¿Sí?

*No hay respuesta. Tocan de nuevo.*

¿Quién está ahí?

*No hay respuesta. Beatriz avanza lentamente hasta la puerta sin dejar de morder su manzana. Saca una llave de su escote, abre el candado, abre la puerta. Del otro lado de la puerta un hombre, doblado en dos, intenta recuperar el aliento. Es Juan. Tiene una maleta negra.*

*Beatriz lo hace pasar, cierra de nuevo el candado y guarda la llave en su escote. Juan todavía está ligeramente doblado; un calambre del lado derecho lo molesta enormemente. Intenta hablar de nuevo, pero Beatriz lo interrumpe.*

Sí, ya sé, el elevador está descompuesto, subió treinta y tres pisos a pie y no vio a nadie en la escalera. Se preguntó si no estaría abandonado el edificio, y si finalmente todo era una farsa, o tal vez una emboscada. Por ahí del piso dieciocho, comenzó a sentir un vago desánimo y consideró, durante varios minutos, la posibilidad de retroceder. Pero en seguida continuó. Subió los últimos quince pisos a paso de carrera, como el verdadero atleta que es. Lo que lo cansó no es tanto la carrera sino el calor, que era insoportable en la escalera. Por cierto, se deshidrató completamente y, a propósito, no tendría yo un poco de agua. (*Le tiende una botella de agua. Juan no la acepta.*) Pero discúlpeme. Hablo demasiado.

*Ella bebe un gran trago.*

JUAN: ¿Cuánto?

BEATRIZ: ¿Perdón?

JUAN: Substancial, ¿quiere decir cuánto?

BEATRIZ: ¿A qué se refiere?

*Juan saca un papel de su bolsillo.*

JUAN: ¿Este anuncio es suyo?

BEATRIZ: Sí, es mi anuncio.

JUAN: Y aquí, mire lo que está escrito. RECOMPENSA  
SUBSTANCIAL.

BEATRIZ: Sí, está escrito.

JUAN: ¿Cuánto?

BEATRIZ: No en seguida.

JUAN: ¿Perdón?

BEATRIZ: No hablamos de eso en seguida.

*Ella toma la cámara Polaroid de la mesita.*

JUAN: ¿Por qué?

BEATRIZ: ¡Sonría! *(Le toma una foto. Él no sonríe.)*  
Es para mis archivos.

JUAN: La recompensa, ¿de cuánto es?

BEATRIZ: *(Viendo cómo aparece la foto.)* ¿Siempre sale  
usted tan serio en las fotos?

*Sin responder, Juan se pone a leer aplicadamente el  
texto del anuncio que tenía en su bolsillo.*

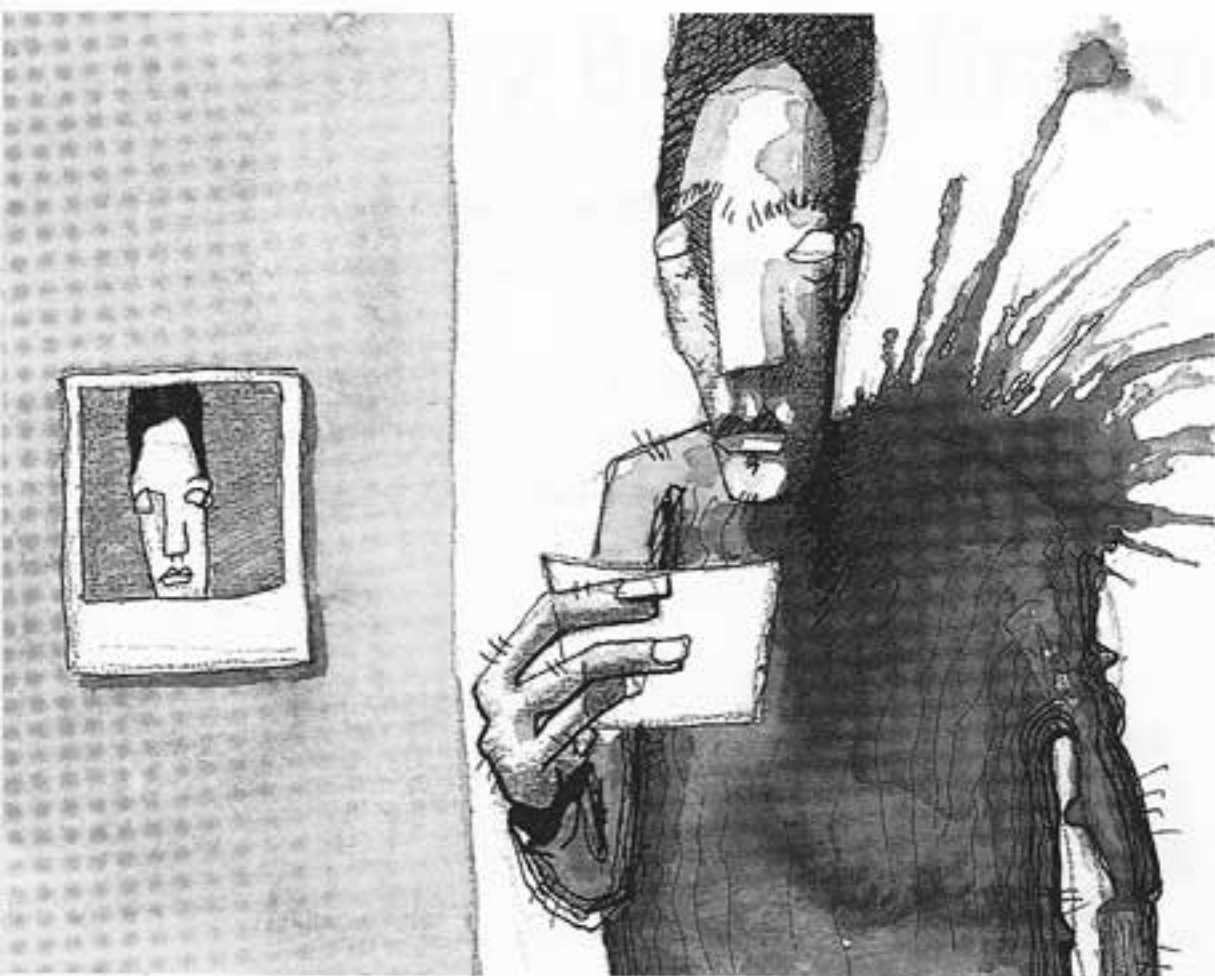
JUAN: Anuncio para los hombres de esta ciudad. Jo-  
ven heredera, lúcida e inteligente, que no ha ayu-  
dado nunca a nadie...

BEATRIZ: Amado.

JUAN: ¿Perdón?



Dibujos de Said Dokins, Escuela Nacional de Artes Plásticas



BEATRIZ: Que no ha amado nunca a nadie.

JUAN: (*Interrumpiéndola.*) Que no ha amado nunca a nadie, ni a su madre, ni a su padre, ni a su gato...

BEATRIZ: (*Continuando con el texto que se sabe de memoria.*) Ni a su tía de Estados Unidos que le mandaba cien dólares en Navidad, ni a su nana Juanita que le hacía bizcochos con pepitas de chocolate, ni a los catorce amantes que tuvo en quince años de vida sexual.

JUAN: (*Continuando la lectura.*) Esta mujer busca un hombre que pueda interesarla, conmovérla y seducirla. En ese orden. RECOMPENSA SUBSTANCIAL. (*Mostrándole a Beatriz el texto.*) Aquí está escrito. En mayúsculas.

BEATRIZ: (*Sin mirar.*) Lo sé. Y abajo, en letras chiquitas: los interesados pueden presentarse en el piso treinta y tres, etc, etc.

JUAN: Bueno. La recompensa substancial, ¿de cuánto es?

BEATRIZ: (*Acercándose a la ventana.*) Venga. (*Juan se acerca.*) Mire allá abajo. (*Juan mira.*) Es mío.

JUAN: ¿Qué?

BEATRIZ: La calle, abajo, es mía.

JUAN: ¿Cómo que la calle?

BEATRIZ: Todo lo que hay en ella, entre el vendedor de *souvlakis* de la esquina, allá, y el bar gay de la otra esquina, todo es mío.

JUAN: ¿Todos los edificios?

BEATRIZ: Todos los edificios. Contando éste.

JUAN: Todo es suyo: ¿las tiendas, las bodegas, los departamentos?

BEATRIZ: Todo. Me lo dio mi padre. Estaba escrito con todas sus letras en su testamento: Le dejo todas las calles que poseo a mi hija Beatriz.

JUAN: ¿Su padre?

BEATRIZ: John Dutrisac. El magnate del basurero plástico.

JUAN: Nunca oí de él.

BEATRIZ: ¿Tiene usted un basurero de plástico?

JUAN: ¿Perdón?

BEATRIZ: Seguramente usted tiene un basurero de plástico. Todo el mundo tiene uno. Incluso los pobres. Es lo que hizo la fortuna de mi padre. Todo lo que usted tiró en su vida, todos sus residuos, sus plumas viejas, sus cartas sin terminar, sus restos de spaghetti, es él quien los recogió. Se necesitaba un genio para pensar en eso: recibir todos los desechos de Occidente en contenedores de plástico. Con el dinero de los basureros compraba las calles. Soñaba con poseer un barrio completo, con la gente que hay adentro. Pero murió en un accidente atroz. En la ruta 11, entre Sainte Adèle y Mont Rolland. En su Lincoln Continental, perdió la cabeza al instante. Buscamos por todas partes. Nunca la encontramos.

JUAN: ¿Qué cosa?

BEATRIZ: Su cabeza. Hicimos búsquedas en los campos, en el bosque un poco más lejos. Nunca la encontramos, su cabeza de hombre envejeciendo, con su mechón de cabello falso y sus ojos malos. ¿Sabe usted lo que es perder la cabeza de su padre? Era hija única, me dejó todo. (*Toma un buen trago de agua.*) Pero sigo hablando yo. ¿Qué me decía?

JUAN: Hablaba de dinero.

BEATRIZ: Ah sí, de dinero.

JUAN: ¿Cuánto?

BEATRIZ: Un gran cheque, ya verá.

JUAN: Quiero que me pague en billetes de veinte.  
 BEATRIZ: ¿Por qué en billetes de veinte?  
 JUAN: Son mis favoritos.  
 BEATRIZ: ¿Por qué?  
 JUAN: Me gusta amontonarlos en mi cajón, enrollarlos en una bola en mi bolsillo, aventarlos sobre el mostrador de las tiendas, deslizarlos discretamente en la mano de un acomodador, dárselos a los jóvenes de la calle que me piden cambio para un café.  
 BEATRIZ: Muy bien. Le pagaré en billetes de veinte, si lo logra.  
 JUAN: Estoy listo.  
 BEATRIZ: ¿Listo para qué?  
 JUAN: Para comenzar.  
 BEATRIZ: Espere. Tengo que hacerle algunas preguntas, para mis archivos. ¿Su nombre?  
 JUAN: Juan.  
 BEATRIZ: ¿Es todo?  
 JUAN: Es suficiente.  
 BEATRIZ: ¿Edad?  
 JUAN: Escriba: desconocida.  
 BEATRIZ: ¿Cómo que desconocida?  
 JUAN: Nunca me acuerdo de mi edad.  
 BEATRIZ: Debe tener una idea.  
 JUAN: Suficientemente joven para subir treinta y tres pisos a pie. Suficientemente viejo para quedarme sin aliento.  
 BEATRIZ: Bueno. Estado civil.  
 JUAN: Solo.  
 BEATRIZ: ¿Cómo que solo?  
 JUAN: Solo en mi coche, en mi cuarto, en mi cama, en mi panza, en mi cabeza, en mis tripas.  
 BEATRIZ: Muy bien. Solo. ¿Amor?  
 JUAN: ¿Amor qué?  
 BEATRIZ: ¿Cuántos amores en su vida? Quiero decir, desde el principio.  
 JUAN: No entiendo la pregunta.  
 BEATRIZ: Y sin embargo es simple. ¿Cuántos amores?

*Juan piensa.*

JUAN: Escriba: no sabe.  
 BEATRIZ: ¿No, sabe?

JUAN: No sabe qué es lo que contiene la palabra amor exactamente.  
 BEATRIZ: "Disposición a querer el bien de una entidad humanizada y consagrarse a ella."  
 JUAN: Escriba: no sabe si el amor se cuenta en volumen, en peso o en unidades, no sabe lo que significa "querer el bien de una entidad humanizada", no sabe cuántos amores en su vida. No puede entonces contestar a esta pregunta.  
 BEATRIZ: Como quiera. ¿Ocupación?  
 JUAN: Cazador.  
 BEATRIZ: ¡Ah! Usted es mi primer cazador. Hasta ahora, tuve un masajista sueco; un profesor de filosofía que había escrito una tesis sobre la seducción: *La tentación del otro*; un ingeniero en aguas negras, completamente deprimido.  
 JUAN: ¿Podríamos...?  
 BEATRIZ: Un semiólogo en *burnout*; un actor conocido —salía de chicharo en un anuncio de macedonia...



JUAN: ¿No podríamos comenzar los...?

BEATRIZ: Ninguno se venció a la primera prueba.

Los corrí a todos, la mayoría incluso antes de que comenzara. Me aburrían. No soporto aburrirme. Pero no quiero desanimarlo. ¿Es cazador de qué? ¿Conejos, bisontes, mariposas?

JUAN: De primas.

BEATRIZ: ¿Cómo?

JUAN: Soy cazador de primas. Encuentro niños perdidos, objetos robados, joyas extraviadas por mujeres ricas y arrugadas. Hago lo que sea por la recompensa.

BEATRIZ: ¿Y siempre la obtiene, la recompensa?

JUAN: No. No siempre.

BEATRIZ: ¿Qué hace cuando falla?

JUAN: Regreso a nuestra casa. Vomito una buena descarga.

BEATRIZ: Ya casi terminamos. Sólo faltan las preguntas de personalidad. ¿Qué es lo que le interesa en la vida?

JUAN: Los billetes de veinte.

BEATRIZ: ¿Es todo?

JUAN: Digamos: principalmente.

BEATRIZ: ¿Y secundariamente?

JUAN: Secundariamente, todas las cosas que puede uno comprar con los billetes de veinte. Los objetos, los servicios, las sonrisas.

*Beatriz esboza una sonrisa y después retoma su postura.*

BEATRIZ: En la tarde, después de comer, ¿qué hace?

JUAN: Salgo, camino por la calle, toco los billetes de veinte al fondo de mi bolsillo.

BEATRIZ: ¿Y por la noche?

JUAN: Por la noche, duermo.

BEATRIZ: ¿Tiene pesadillas?

JUAN: Sueño que me abren el pecho con una sierra.

BEATRIZ: ¿Y qué hay dentro de su pecho?

JUAN: Nada. No hay nada.

BEATRIZ: ¿En qué piensa cuando se levanta?

JUAN: Pienso: Tengo que ganar billetes de veinte hoy.

BEATRIZ: ¿Y luego?

JUAN: Después, busco en el periódico las fotos de las jóvenes desaparecidas, los retratos hablados de los maniáticos con sierras.

BEATRIZ: ¿Y si no hay nada en el periódico?

JUAN: Siempre quedan los carteles en las columnas de la ciudad; los perros de raza fina extraviados, las jóvenes herederas que quieren ser seducidas.

BEATRIZ: Bueno, es suficiente. Estoy cansada. Hagamos una pausa.

JUAN: ¿Cómo que una pausa?

BEATRIZ: Así soy yo. Me dan ataques de cansancio, de golpe.

JUAN: Pero yo quiero comenzar en seguida.

BEATRIZ: Disculpe, yo...

*Beatriz cae dormida, de tajo. Juan la mira. Fuma, camina, se detiene, camina de nuevo.*

*En la ventana, el paisaje se transforma. A partir de este momento, cada vez que Beatriz se quede dormida, habrá en la ventana un paisaje diferente, tal vez un desierto, tal vez el mar, tal vez lluvia, nieve, el sol resplandeciente, la negra noche.*

*Después de un rato, Beatriz se despierta.*

¡Tengo sed!

JUAN: ¿Podemos comenzar?

BEATRIZ: El desierto de Nevada, ¿lo ha visto alguna vez?

JUAN: No.

BEATRIZ: Está en mi boca. Mire.

*Abre la boca.*

JUAN: ¿Podemos comenzar? **P**



# Trasfondos

Guillermo Ríos Bonilla

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Dibujos de Martha Medellín,  
Tecnológico de Monterrey, Ciudad de México



**D**e las pocas personas que consideran una biblioteca el peor lugar para leer, Natalia encabezaba la lista. El dinero ganado como mesera no le bastaba para comprar todos los libros que deseaba, y tenía que resignarse con venir en su tiempo libre a leer y a soportar el tumulto de la biblioteca Luis Ángel Arango. “Deberían respetar más el aire que respiramos”, se decía mientras veía que la gente continuaba entrando y llenando la sala. Así se quejaba cuando no lograba concentrarse y sentía una extraña energía que la incitaba a odiar a los demás. Un viernes en que se dijo decidida “no voy al trabajo”, para terminar con la colección de poetas malditos, concluyó que todo el mundo era corto de vista y de olfato, que nadie escucharía nunca sus quejas y que debía mantenerse en su silla, obligando a su mente a concentrarse, a respirar el abundante CO<sub>2</sub> que contaminaba la sala. Entonces un hombre se le acercó y levantando algo del suelo le dijo:

—Señorita, se le ha caído esto.

Era un trozo de papel en que decía:

—¡Desaparece de mi vista, Natalia! ¡Desaparece!

La chica levantó el rostro y sólo pudo ver de espaldas al hombre. Era un joven casi de su misma edad, que vestía *jeanes*, camiseta negra y zapatos del mismo color. Lo siguió con mirada de odio, queriendo matarlo si sus ojos pudieran disparar. Mientras imaginaba esto, cerró inconscientemente el libro y el hombre se perdió de su vista.

—¡Imbécil! —dijo Natalia y abrió de nuevo el libro y leyó:

—¡Imbécil! —dijo Natalia y abrió de nuevo el libro y leyó:

—¡Imbécil! —dijo...

Sorprendida levantó la vista e interrumpió su lectura. Miró en derredor con el deseo de encontrar a alguien que la estuviera observando o a algún cómplice que se hubiera percatado de su descubrimiento. Pero sólo pudo ver a algunas personas enclaustradas



en sus libros y a otras que hacían parecer a la biblioteca como una cafetería. Entonces regresó al libro, lo abrió y leyó:

Sorprendida levantó la vista e interrumpió su lectura. Miró en derredor con el deseo de encontrar a alguien que la estuviera observando...

No pudo continuar. Gritó como nunca es permitido en una biblioteca y salió corriendo. Un hombre levantó la mirada, la observó y dijo:

—Loca —y volvió a su lectura y leyó:

Al salir tropezaba con odio con la gente que iba entrando. Un policía, que para no aburrirse leía de pie, gritó tomándola del brazo:

—¡Oiga muchacha! ¿Qué le pasa?

—Nada que a usted le importe. ¡Suélteme!

El policía la dejó ir y siguió leyendo:

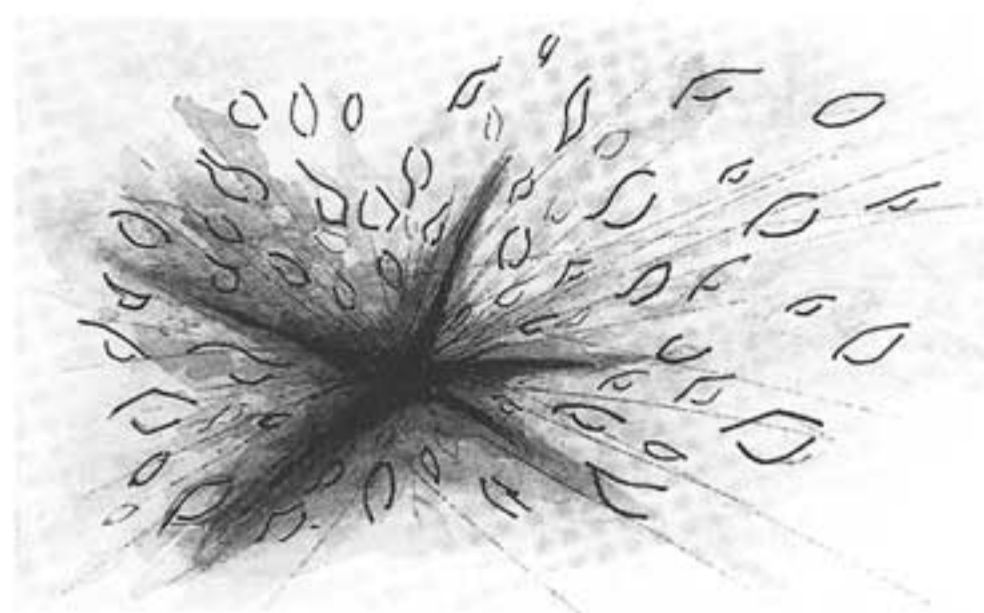
Luego de liberar su brazo, bajó las escaleras a toda prisa. Al terminar miró hacia un lado y luego hacia el otro, y se dirigió a una chica que leía mientras esperaba su turno en el teléfono público:

—¡Pellízcame! Quiero que me pellizques —le dijo.

—¿Perdón? —preguntó la chica.

—Que me pellizques, por favor, pellízcame.

La chica sin entender nada retorció sus dedos en



el brazo de Natalia. Ella dejó salir un pequeño grito y dijo:

—Gracias.

—De nada —respondió la chica, mientras veía que Natalia seguía hacia el baño. Luego continuó con su lectura y leyó:

Al llegar al baño se tropezó con un hombre que salía del de caballeros. Era el que le había dado el papel y al que había llamado imbécil. Él la miró con ansiedad, puso sus manos sobre sus hombros, la sacudió y le repitió casi encima de su rostro:

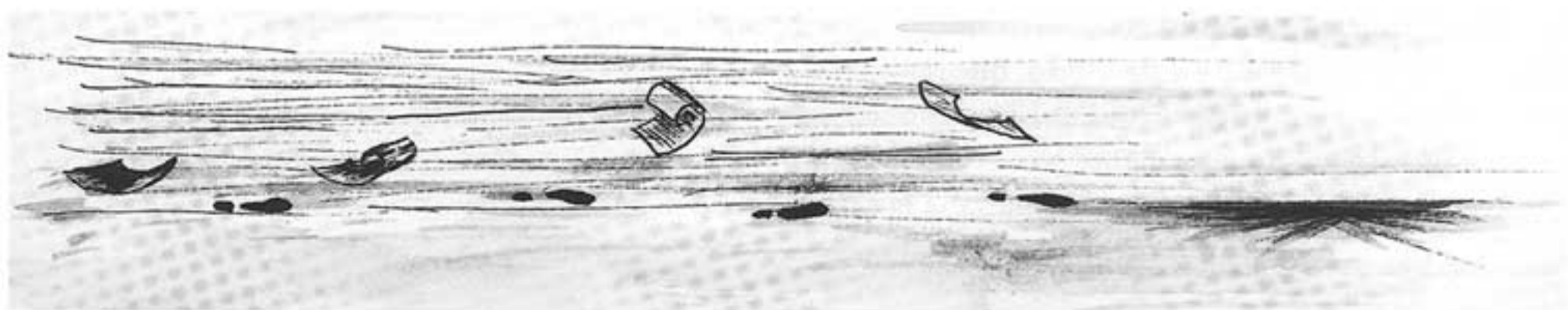
—¡Desaparece de mi vista, Natalia! ¡Desaparece!

—¡Qué le pasa, idiota! Yo no lo conozco.

—Lo sé, pero yo sí a ti y ya no sé qué hacer contigo. Llevo noches frente a hojas en blanco tratando de encontrar un final a tu historia, pero no lo consigo. ¡Déjame ya en paz y vete! —dijo el hombre y se alejó corriendo.

Natalia le gritó —¡No, espere! —y corrió tras él.

El hombre salió de la biblioteca y siguió corriendo. La chica insistía detrás de él. El hombre corría con más ímpetu y ella lo seguía sin perderlo de vista. Y el hombre corría y ella detrás de él hasta que en algún momento imagen y creador pudieran reconciliarse. **P**



# Invenciones del DF: las mil caras de la urbe

Estela García Galindo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-AZCAPOTZALCO

*Esta ciudad de ceniza y tezontle  
cada día menos puro,  
ciudad de acero, sangre  
y apagado sudor...*  
Efraín Huerta

Todo ocurre en el Distrito Federal: las más variadas historias, los sucesos increíbles y las escenas por demás curiosas. Por sus calles transitan seres casi imaginarios, salidos de algún cuento; pero también están ahí los asuntos cotidianos, las tradiciones, las creencias y los personajes comunes que algo habrán de decir. En esta urbe se fusionan lo moderno con lo antiguo, los nuevos estilos de vida con las costumbres arraigadas, en una sucesión de estampas interminable.

## Primera estampa: imágenes de barrio

La Guerrero es de esas colonias que sirven como zona habitacional a las familias de clase media y a las de bajo nivel económico; aquí predominan las vecindades y las viviendas de alquiler, también el alcoholismo, la prostitución y el mayor número de bares y pulquerías. Hace ciento treinta años pasó de ser una incipiente zona residencial, en la parte de que va de Mosqueta a Avenida Hidalgo, a convertirse en hogar de los ferrocarrileros que trabajaban en la estación Buenavista y de gente de escasos recursos.

En los antiguos terrenos del Colegio de San Fernando y del cementerio de San Andrés, en los cuales se erigió esta colonia, la parte más popular se convirtió en el barrio de los Ángeles, donde se construyeron muchos talleres manufactureros y donde en 1937 se inauguró un salón de baile —Los Ángeles— que sigue en funcionamiento los jueves, viernes y domingos con una sola restricción: la venta de alcohol, incluida la cerveza. El establecimiento se ubica en Lerdo 206, y en su entrada reza la sentencia “Quien no conoce Los Ángeles, no conoce México”. Es atendido desde más de quince años por doña Armida Applebaum y su hijo Miguel Nieto, quienes han sido anfitriones de las mejores orquestas de danzón —como las de Carlos Campos y José Luis Cardona— y de conjuntos de salsa.



Foto: Gustavo Rodríguez

A últimas fechas el local ha servido de escenario a la obra *Aventurera*, gracias a lo cual se ha popularizado entre los sectores medios y altos de la capital, quienes cambiaron su idea de que Los Ángeles era un tugurio de mala nota.

Pero la principal tradición del lugar (no confundirlo con un cabaret donde se baila por ficha) es el danzón. “El vals de los pobres” como lo han llamado muchos sociólogos e historiadores, ha permanecido en el gusto de los habitantes de la Guerrero, quienes jueves y domingos de las cinco de la tarde a las once de la noche se dedican a moverse al compás de “Nereidas”, “Almendra” o “Juárez”, aunque también practican mambo y chachachá.

Los bailarines, sobre todo mayores, nunca faltan; hay parejas como Rosita y Jaime que dan verdadera cátedra a la hora de “raspar el suelo” y sus pasos sensuales y asombrosos son el detalle de la noche.

Los Ángeles sigue vivo, sin importar las fiestas hip-hop de los jóvenes a unas cuadras, claro que no como en la década de los cincuenta cuando el salón estaba repleto y se formaban filas interminables de pachucos y jovencitas delirantes de los bailes del momento.

Los de la Guerrero son también personas devotas que veneran a San Judas Tadeo, a San Hipólito y a la Virgen de los Ángeles, esta última patrona del barrio del mismo nombre y a quien se rinde culto desde 1595, año en que un cacique indígena convertido al catolicismo encontró una imagen desconocida luego de una inundación. Esa pintura, que era la efigie de esta virgen, sobrevivió al torrente y por el desgaste fue copiada en los muros de su actual capilla, donde se organizan ferias y kermeses cada 2 de agosto.

Así, en la Guerrero se encuentra la que fue la “catedral del danzón”, que años atrás le dio fama y prestigio a la colonia, pero ese ambiente plagado de ritmos guapachosos, seres curiosos con una inocente vulgaridad y casonas antiquísimas seguirá conservándose en tanto subsista la zona.

En otra parte de la ciudad se encuentra otro barrio tradicional: Coyoacán, que a diferencia de la colonia Guerrero es el epicentro cultural por antonomasia,

en parte por estar ubicado al sur del Distrito Federal, donde desde tiempos inmemoriales han habitado las elites económicas e intelectuales, en parte porque ahí se concentra la mayor parte de la oferta artística de la urbe.

Coyoacán tiene de todo: museos, centros de cultura, librerías, iglesias, bazares, plazas, jardines, mercados de artesanías, galerías, teatros, cafeterías y restaurantes.

De esas construcciones hay una que destaca en la calle de Londres por sus grandes muros pintados en azul cobalto y cornisas en rojo. Es el Museo Frida Kahlo, que no tiene nada en común con otros museos pues revela la vida de Frida y Diego Rivera, quienes vivieron juntos —según dice la inscripción de la entrada de la casona— de 1939 a 1954.

En las tres habitaciones de la planta baja se exhiben cuadros, figuras prehispánicas, huipiles, un epistolario y apuntes personales que permiten descubrir el árbol genealógico de la pintora, el dolor de su enfermedad y su relación con Rivera. Pero donde se percibe la intimidad de la pareja es en los cuartos restantes: la cocina, el comedor, el estudio y las recámaras; ahí, todos los objetos parecen exhalar un hálito de la personalidad de Frida Kahlo: su colección de mariposas, las muñecas de barro y los corsés adornados a mano con colores “chillantes” que utilizaba para sostener su columna vertebral. Son esos mismos detalles los que dan cuenta de la gran pasión y el amor de los habitantes de la morada.

Al salir de la casona se puede caminar en línea recta hasta llegar a las inmediaciones del Jardín Hidalgo, el centro coyoacanense donde los domingos se reúnen los más extraños e iconoclastas grupos de jóvenes. Darks, punks, skatos y hippies aparecen en el parque para husmear entre los puestos de incienso, libros viejos, litografías, cuarzos y artesanías que se colocan cada fin de semana.

En ese parque no se puede ni caminar, y menos conseguir una banca desocupada. Cerca del kiosco se monta un entarimado para actividades como lecturas colectivas, conciertos de rock, obras teatrales y performances; también es



Foto: Gustavo Rodríguez

el espacio donde mimos y payasos hacen sus rutinas más simpáticas y después pasan el sombrero para la "cooperación".

Alrededor del Jardín Hidalgo abundan las neverías como una sucursal de Santa Clara o la imprescindible Michoacana donde se sirven los sabores tradicionales de chocolate, fresa, limón, pistache y también helados de yogurt con granola. En las aceras no faltan los vendedores de algodones de azúcar, manzanas con caramelo, alegrías, pepitorias y cachetadas (dulce untado en medio de trozos de plástico que se chupa para despegarlo de la envoltura), ni los artesanos que ofrecen alebrijes o muñecos de madera a doscientos cincuenta y cuatrocientos pesos, según el tamaño de la pieza.

La plaza y las calles del centro permanecen repletas por varias horas, pero las lluvias de agosto dispersan a los paseantes que despavoridos corren a guarecerse al Sanborns, a El Parnaso, a las fondas y a las tiendas de curiosidades; parece que hasta los chubascos son propiedad de ese barrio, igual que la cultura.

Al poniente de Coyoacán, luego del boulevard Adolfo López Mateos, se alza San Ángel, llamada antes Tenanitla, sitio "bajo el volcán"; fueron precisamente sus antiguos pobladores quienes instituyeron hace ciento cuarenta y un años una festividad donde rendían culto al señor de las flores, Xiuhtecuitl, por las cosechas del año.

Esa fiesta es conocida como la Feria de las Flores, que se efectúa la segunda semana de julio y como muchos festejos comunitarios, ha tenido cambios a través del tiempo. Así, en la Colonia la celebración prehispánica fue modificada por la orden de los carmelitas descalzos, quienes decidieron honrar en esos días a la Virgen del Carmen, patrona del lugar, con cánticos, misas, oraciones y juegos pirotécnicos. Y es hasta 1940 cuando las autoridades de la delegación Álvaro Obregón deciden fusionar ambas festividades en una sola.

A partir de esa fecha, año con año las calles y los balcones del barrio se visten de gala, ya que por una semana se organizan actividades populares como exposiciones florales, verbenas, muestras gastronómicas, callejoneadas nocturnas y charreadas. Uno de las actividades más llamativas sucede en la Plaza San Jacinto, donde un séquito de jovencitas se presenta con trajes regionales y de noche



Foto: Gustavo Rodríguez

para que el jurado, un prominente comité de vecinos, elija de entre ellas a la reina de las flores (una derivación sanangelina de la flor más bella del ejido). La mujer más agraciada participará en los bailes y las premiaciones, y será la embajadora de San Ángel en otras ferias de las regiones vecinas.

Aparte de esas costumbres, San Jacinto se vuelve escenario de un vasto programa cultural, en el cual participan los artistas y grupos del rumbo con recitales, exposiciones, puestas en escena y certámenes literarios.

Las diversas manifestaciones culturales se nutren de la galería de pintores callejeros que los sábados colocan sus caballetes sobre la acera para plasmar los momentos cotidianos, y de los maestros artesanos de muebles neocoloniales que exhiben recámaras y comedores en maderas finas.

Los concursos son otra costumbre de la feria.

Es curioso observar en Luis de Ogazón y avenida de La Paz los balcones repletos de macetas con girasoles y geranios, los ramilletes de rosas y guías de crisantemos en los ventanales, en especial cuando los pétalos de estas flores caen al suelo por las ventiscas y dan la impresión de ser copos de nieve. Qué decir de los jardines, donde se mira una gran variedad de flores y plantas de ornato; hasta el jardinero más experimentado se asombraría de las obras de arte que las amas de casa logran en unos cuantos metros cuadrados con bugambilias, nubes, gardenias, azucenas y margaritas.

El decorado de los patios frontales de esas casas y de las barandillas es la forma moderna de venerar al señor de las flores entre las nuevas generaciones de habitantes del ex caserío de Tenanitla, donde una vez hizo erupción el volcán del Xitle y que ahora es más conocido como San Ángel.

## Segunda estampa: de tianguis, mercados y ambulantes

Desde que en la época novohispana se construyó El Parián, los mercados establecidos han formado parte de la vida diaria de los capitalinos, gracias a ellos ya no fue necesario visitar las colonias semirurales donde se sembraban frutas y verduras, ni acudir a las tiendas del centro para comprar víveres y otros artículos para el hogar.

Corría el sexenio de Adolfo López Mateos cuando se construyeron amplios edificios con muchos locales, donde se instalaron comerciantes de todo tipo. Así, aquellas colonias que carecían de mercado contaron desde ese momento con por lo menos uno. Claro que antes de esa época había muchos por la ciudad, uno de ellos, el de los dulces ubicado en Ampudia, cerca del Anillo de Cir-



Foto: Rafael Olvera

cunvalación, tiene una larga historia, pues ahí se han abastecido siempre los dueños de tiendas de abarrotes del Distrito Federal. A ese mercado han llegado las golosinas de moda y en él se han preservado las típicas, como las alegrías y las frutas cristalizadas.

Cuando se visita Ampudia por primera vez, la mirada no sabe a dónde dirigirse, un local tras otro los dulces son ordenaditos en filas o canastas; al frente ponen los que resultan menos apetecibles para los chiquillos: tinajas con duraznos en almíbar, gaznates, camotes, higos, acitrón, miel de abeja y mostachones. Enseguida aparecen los empaques de las cajitas con chicles, palanquetas, ates,

galletas de coco, tamarindos, chocolates, borrachitos y un largo etcétera. Algunos locales como el Bofito y La Confitería venden al mayoreo toda clase de productos: bolsas de papitas, charritos y cacahuates Jaramillo; del techo cuelgan las tiras de paletas Coronado, antifaces y silbatos, así como muñecos de cartón para jugar “ponle la cola al burro” y letreros de feliz cumpleaños con las figuras de Mickey Mouse, Donald y Winnie Pooh.

De esos puestos, el de doña Felicitas es de los más tradicionales, con casi treinta años de existencia, pues su familia es de las pocas que sigue elaborando los dulces que venden. Según cuenta la mujer, a principios de los sesenta sus padres decidieron cambiarse de Santa Cruz Acaxpintla (un pueblo productor de dulces) al barrio de La Merced, donde empezaron a preparar frutas y verduras con piloncillo para ganarse la vida. En esos años, la familia de doña Felicitas era una de las pocas que ofrecía las ambrosías prehispánicas y coloniales entre los locatarios del mercado de La Merced

y de Ampudia, después uno de sus clientes les traspasó el puesto donde actualmente despachan. “No vendemos dulces industriales y menos gringos, aquí todo es producción casera y variada; hacemos tamarindos, pepitorias, cocadas y muchos postres como suspiros de novia, chongos zamoranos, natillas, carlotas, polvorones y galletas de pulque”, dice orgullosa la mujer.

Sin embargo, el jamoncillo y los calabazates han sido desplazados del gusto infantil por toda clase de golosinas “picositas” y ácidas, pero en esencia “sin sabor”, como explica don Jesús, dueño de El Negrito Sandía: “qué va de aquellos pirulíes multicolores o de las lágrimas de cristal rellenas de ‘agüita’, esos sí eran dulces, ahora pura materia artificial que nada más pica los dientes”.

Los aromas dulzones, a vainilla y rompopo, el olor del chocolate que despide una canasta con bombones recubiertos y los confites y golosinas succulentas son las imágenes que resguarda la memoria cuando se sale del mercado rumbo al Anillo

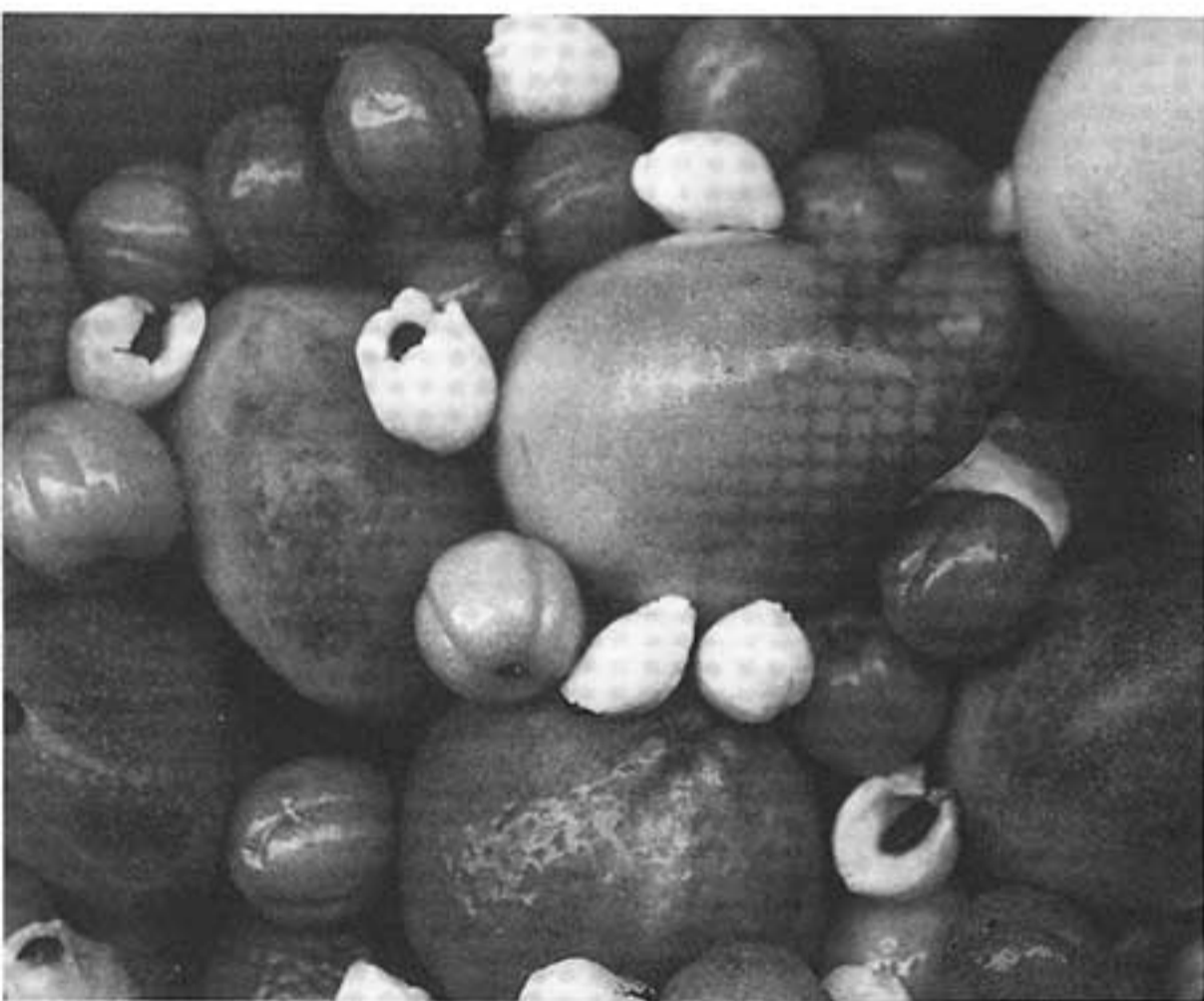


Foto: Rafael Olvera

de Circunvalación. Esas ambrosías que en la mitología griega sólo disfrutaban los dioses, en Ampudia se han convertido en delicias para el paladar de los mortales.

De los manjares típicos pasemos a los negocios “sobre ruedas”. A partir de los ochenta, por la crisis y el desempleo, surgió una especie de comercio itinerante: los tianguis que se montan por decenas en los barrios citadinos y de la periferia, que a diferencia de los mercados, son más numerosos y en una misma colonia pueden instalarse cinco o seis en distintos días.

En San Felipe de Jesús, los domingos se alza uno de los tianguis más extensos de la capital, que termina en Avenida Central, en los límites de Ciudad Nezahualcóyotl. Como los ancestrales mercados de Tlatelolco o Xochimilco, en estos sitios hay infinidad de productos, tanto alimentos como electrodomésticos, y cuanta chuchería existe para hacer la vida más llevadera.

El Gran Canal del Desagüe (que por cierto desde hace siete años está entubado) a un lado de Periférico Norte, sirve de estacionamiento para los camiones de carga y la clientela potencial. La fila de vehículos es tan larga a ambos lados de la calle, que los microbuses y taxis deben esperar su turno en los linderos del espacio comercial. Sin un ordenamiento previo, los vendedores se acomodan según la hora en que llegan: los más madrugadores colocan su mercancía en los extremos, donde inicia y termina el tianguis, pues como es tan largo el mercado sobre ruedas muchos de los compradores se cansan antes de terminar de recorrerlo.

En esos espacios se encuentra una gran variedad de productos: ropa, *jeans* de imitación, carnicerías, libros usados, refacciones automotrices y llantas a un precio ínfimo, relojes, acuarios y fauna marina, abarrotes, juegos de video, renta de películas, lencería. Todo está ahí, aunque sin una clasificación que bien podría facilitar el sistema de adquisiciones. También hay locales con televisores, grabadoras, estéreos y reproductores de discos compactos de medio uso, sin garantía, pero a un precio muy bajo; y es que para nadie es un secreto que el tianguis de la “Sanfe” (como lo llaman cariñosamente en el rumbo) es el mercado negro de artículos robados, fayuca, armas, explosivos y droga al norponiente de la capital. Los sistemas de mercadeo son sencillos: algunos ponen como pantalla sus puestos lícitos para “enganchar” clientes; otros obsequian de manera selectiva catálogos con modelos, precios y formas de pago de los “productos” y en el caso de las sustancias tóxicas, la entrega se realiza en las viviendas cercanas al tianguis junto con la mercancía en regla.



Foto: Jesús Cabrera

Ya de regreso al San Felipe convencional, uno de los principales puntos de venta es el negocio de la imitación. En uno de esos locales una muchacha exhibe toda clase de prendas y accesorios para adolescentes, que tratan de asemejar marcas como Adidas, Levi's, Eduardos, Total Impact y Mossimo. Enseguida un hombre vende prototipos de fragancias de Emmanuelle Ungaro, Lancôme, Paloma Picasso y Christian Dior por cien pesos, aunque unos metros adelante se encuentran los mismos perfumes a mitad de precio.

En la frontera con Neza hay muchos comercios de casetes y discos compactos piratas, con grabaciones de tanta fidelidad que parecen originales; los géneros son variados: tropical, rock, baladas, rancheras, claro que las preferencias musicales dependen del tipo de cliente, hay quienes buscan los éxitos de los cantantes de moda y otros se interesan por las ediciones especiales (*Clásicos de Universal Stereo, Las norteñas de la década, Fiebre de disco, Los grandes de la salsa, etcétera*) que no se consiguen en otra parte.

Y de los tianguis, vayamos a otro céntrico mercado, el de Sonora, donde la superstición y las enseñanzas en herbolaria de los antiguos mexicanos se fusionan para resolver todos los males, desde las enfermedades infecciosas hasta las penas de amor, siendo estas últimas las más requeridas y cuyos remedios se han diversificado de tal manera que el popular chuparmirto o el toloache —con los que según nuestras abuelas se podía embrujar a cualquier hombre— han pasado a segundo plano. En pleno umbral del siglo XXI los elixires, ritos lunares y perfumes para avivar el deseo son las recetas de moda entre los dependientes. “¡Pásele, pásele marchantita, aquí le damos una loción con feromonas y esencia de sándalo que atrae al hombre de sus sueños!”, vocifera una joven afuera del puesto Luz de Luna, donde un grupo de jovencitas se agolpa para conocer las bondades del producto.

Así, como hay muchachas que juegan a encontrar el amor, otras buscan desesperadas quien les ayude a remediar sus problemas conyugales; ahí tienen el local 32, donde una señora lloriquea porque su marido está distante; la dueña del negocio, una “vidente”, lee la mano izquierda de la mujer y descubre (como en todos esos casos) la presencia de una intrusa que le hizo un “trabajo” a su esposo y lo está alejando del hogar. La solución al problema es simple: deben



Foto: Gustavo Rodríguez

prenderse todo el día tres veladoras de distinto color en un rincón de la casa: primero una amarilla, luego una roja y al final una negra —cuando se consuma toda la parafina podrán enterrarse los restos—, a ese rito deberá sumarse la oración a un santo que aleja a las indeseables, pero lo más importante, aclara la bruja, es tener fe en que el compañero regresará (y claro, pagar ciento cincuenta pesos por la consulta y el paquete curativo).

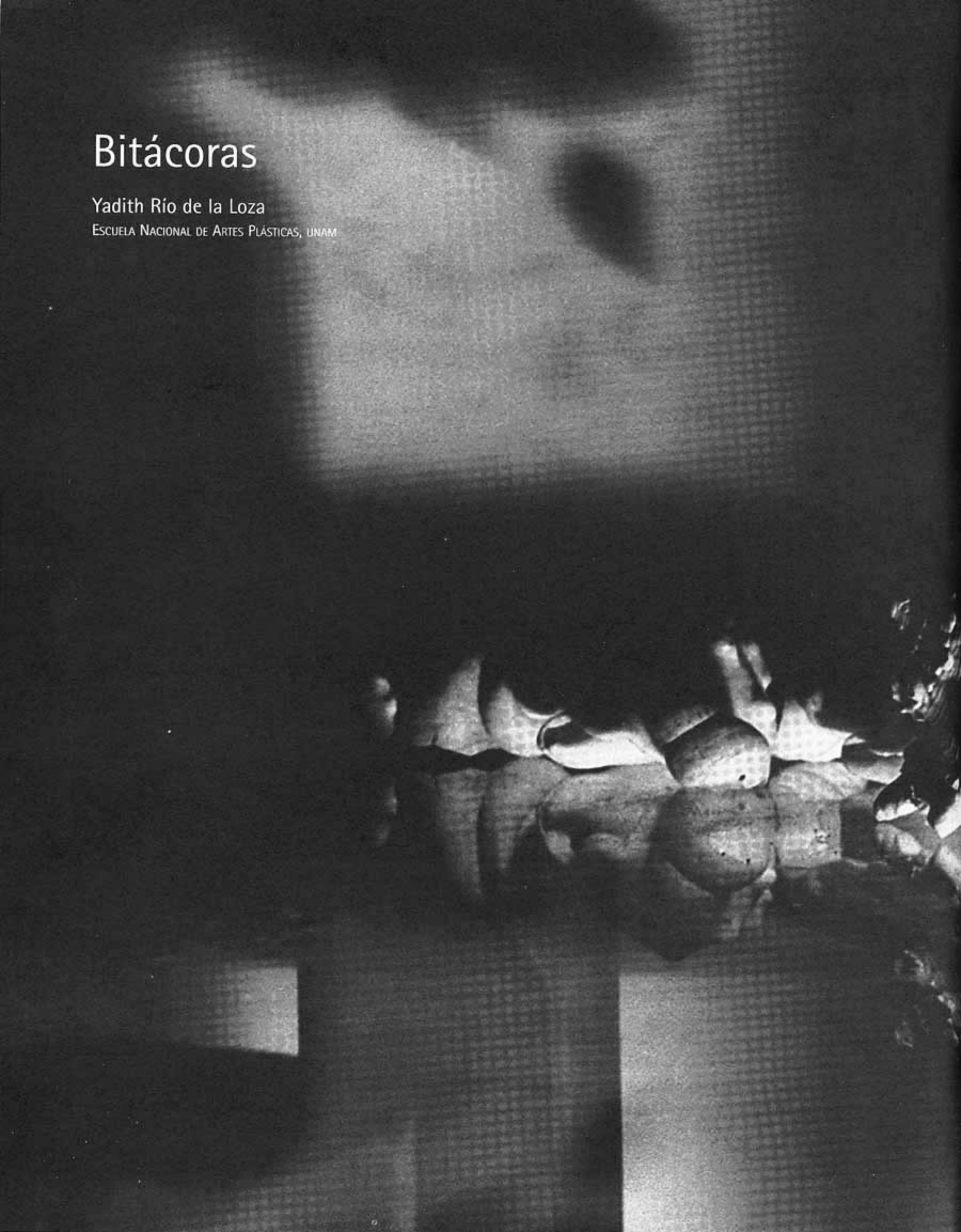
En eso de la brujería no es extraño que los curanderos prescriban remedios que incluyen ritos religiosos necesarios para remediar un determinado mal, es parte de una combinación ancestral de prácticas profanas y católicas que continúa vigente; en el mercado de Sonora se descubren collares de ajos, sábilas anudadas con cintas rojas e imágenes de vírgenes y cristos colgadas en las paredes. También hay muchos locales donde, además de venerar a los santos del catolicismo, se encuentran altares con figuras de santería y otros con la efigie de la Santa Muerte, cuya devoción se ha extendido en el último lustro y que según los narcotraficantes puede ser más milagrosa que la propia Guadalupana. Así, uno tras otro se suceden los negocios de hechiceros y ocultistas, que para muchos no son más que charlatanes, a donde acuden creyentes y escépticos en busca de un remedio para sus problemas físicos o del “corazón”. **P**

N. de la E. Por razones de espacio hemos publicado sólo un fragmento de este texto.

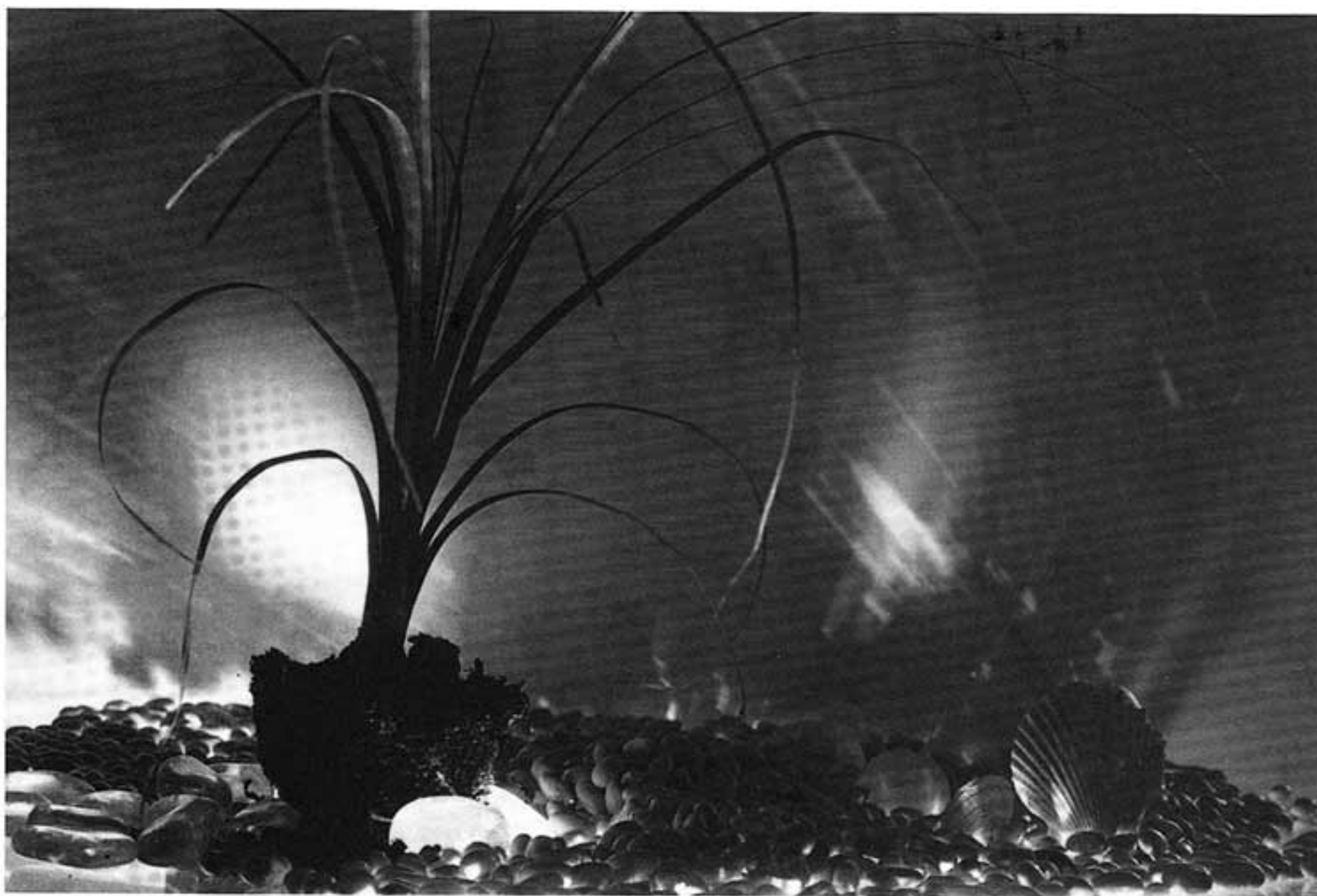
# Bitácoras

Yadith Río de la Loza

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS, UNAM





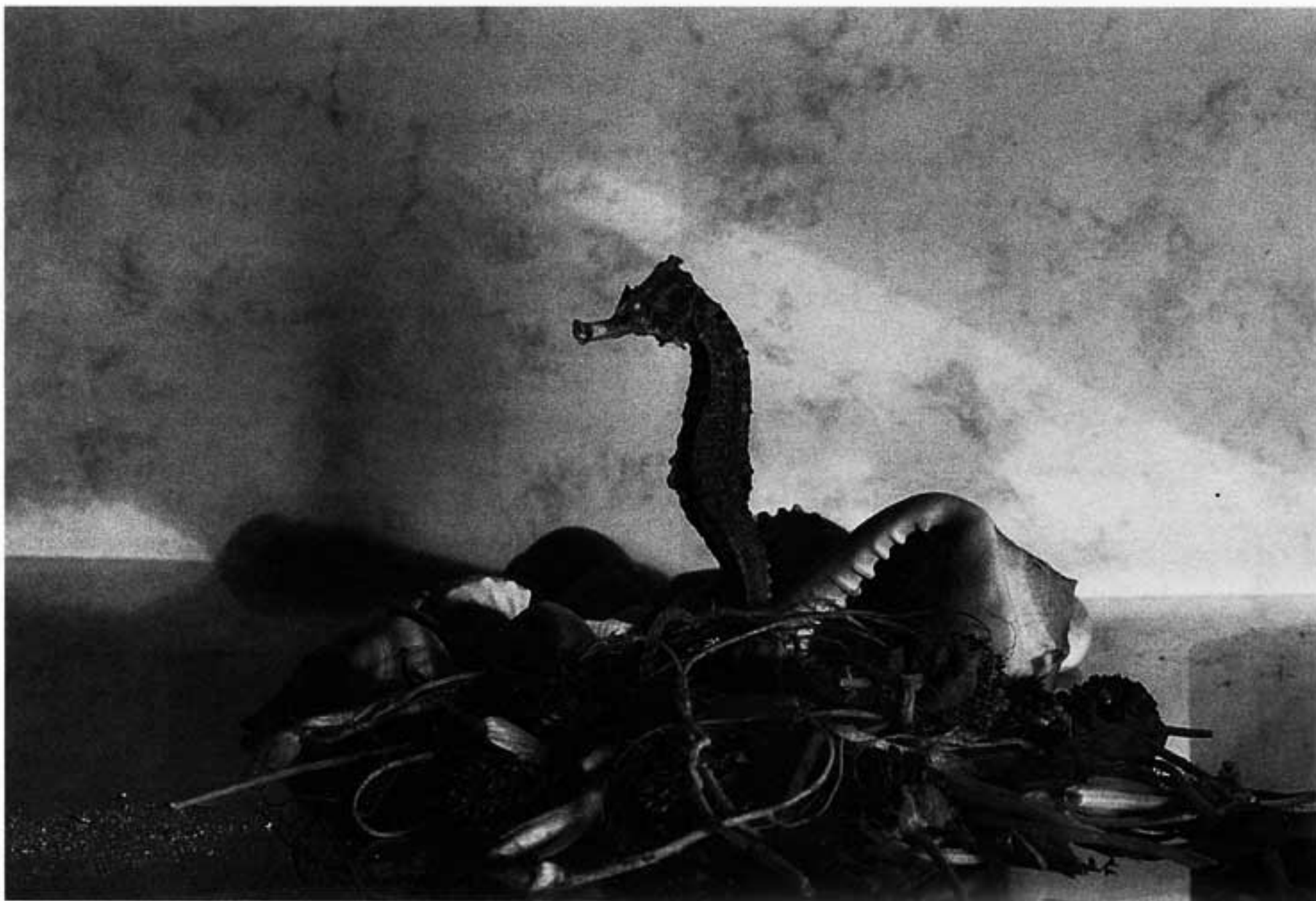












# El kitsch y su vinculación con los arquetipos del bien y el mal en la lucha libre mexicana

Fátima Castro Rodríguez

INSTITUTO SCIFI



## I. El porqué del kitsch en la lucha libre y los componentes de ésta

*Hay hombres que luchan un día y son buenos  
hay hombres que luchan un año y son mejores  
hay quienes luchan muchos años y son muy buenos  
pero los hay quienes luchan todos los domingos  
ésos son los chidos.*

Botellita de Jerez, *Guacarrock del Santo*

Acerca de las culturas que se manejan bajo el dualismo del bien y el mal se podría hablar de un extenso número de simbolismos y arquetipos que poseen una carga importante a nivel del imaginario: el nacimiento, la muerte, el sexo, todos tienen su consecuencia al ser expuestos tal como son, fuera del velo de la psique humana. “En el mundo primitivo de los hombres existía una especie de alma colectiva en lugar de una conciencia individual, la cual sólo surgió al llegar la humanidad a grados superiores de su desarrollo.”<sup>1</sup>

La consecuencia en cuanto al develo arquetípico del bien y el mal en México se traduce en una sátira ingenua cargada de grotesco y enmarcada en un fondo jungiano —apegado a la solemnidad religiosa del catolicismo—. El arte de la lucha libre en México es la manifestación del kitsch más pura que ha nacido del inconsciente, el entretenimiento de consumo, es la panacea cultural de las masas y

<sup>1</sup>C.G. Jung, *Realidad del alma*.

como diría McLuhan, *the medium is the message*, la burguesía encuentra su entretenimiento en el desahogo del pópulo, la sociedad firme en cuanto a sí misma inicia un nuevo culto por la singular expiación neomedieval de sus pecados —adquiere todo el dolor que el dinero puede comprar—, el consumo no encuentra restricción de ninguna clase: “Consumir es mucho más que el simple hecho de adquirir, donde el hombre pretende inscribirse en la eternidad, y por eso se aliena eventualmente en los elementos de su ambiente.”<sup>2</sup>

Dentro de esta mezcla entre lo mundano y lo divino encontramos dos bandos: “rudos” y “técnicos”, preceptos carismáticos del entretenimiento del vulgo, síntesis inversa del circo romano —los cristianos se comen a los leones— precedida por la máxima autoridad, que es ahora representada por el Consejo Mundial de Lucha Libre y la creadora de ídolos populares AAA.

“El kitsch es la aceptación social del placer mediante la comunión secreta en un ‘mal gusto’ calmante y moderado.”<sup>3</sup> La lucha libre es detrás del fútbol el deporte más popular en territorio mexicano. Sus orígenes datan de 1863, cuando se cree que fue introducida al país<sup>4</sup>. Es un sincretismo más —de tantos que conforman el folclore popular—, un amplio mosaico de afianzadas

<sup>2</sup>Abraham Moles, *El kitsch, el arte de la felicidad*.

<sup>3</sup>*Ídem*

<sup>4</sup>Datos obtenidos de la página oficial del Consejo Mundial de Lucha Libre, [www.cml.com](http://www.cml.com)





tradiciones que se fortalecen con el paso del tiempo y a las que se les añade una innumerable serie de simbólicas decoraciones que conforman el barroco mexicano y ahora más comúnmente el kitsch —extremo estético que encuentra un lugar para proliferar en México—, sincretismo del sincretismo que no por eso es lo suficientemente llamativo ya que para éste demasiado no es siempre suficiente.

## II. Rudos y técnicos

*¡Los luchadores limpios, son luchadores  
que no saben hacer nada, son unas niñas,  
son unos llorones, nosotros somos  
los mejores luchadores, los rudos!  
Abismo negro<sup>5</sup>*

En la prehistoria se creaban esculturas sin rostro que conferían el don de la fertilidad a todas las mujeres. Colocar un rostro en éstas volvía el don privativo del sujeto de la imagen. Este pensamiento mágico nos dirige por tanto a suprimir la identidad de aquellos que enarbolan tal o cual característica particular a un grupo de gente, de esta forma los rudos y los técnicos se ven representados con máscaras y atuendos que encarnan al concepto y ocultan la identidad ya que funcionan como representantes de la misma.

De igual forma encontramos en la lucha libre referencias al mito bíblico de Sansón y Dalila, retomado de forma característica a través de aquellos luchadores no enmascarados representantes del

concepto del hombre que no trasciende a un plano superior al Yo. La fuerza poseída no es como la virtud —conferida de forma infusa— sino que recae en su totalidad en la cabellera. Al ser ésta cortada por un rival, todo poder concedido desaparece dejando al perdedor a su merced.

Bajo estas circunstancias la cabellera es personificadora del símbolo fálico ya que representa el poderío y la hombría de la que se reviste el luchador, en la misma forma en la que la máscara representa lo divino. Por esta razón

<sup>5</sup>Entrevista para UNIVISIÓN por Rubén Cruz, 25 de septiembre de 2001.

los personajes encajan en un molde maniqueísta, ya que no se ubican en un medio entre el bien y el mal, sino que se manejan en los extremos de estos términos.

Al hablar de las peleas entre rudos y técnicos y del lugar donde se desarrollan, cabe mencionar que el ring es un arquetipo representado por el cuadrado, símbolo de la organización, lugar donde se realiza la lucha del bien contra el mal, inequívoco indicador del trabajo del imaginario para el que la lucha tiene el significado del equilibrio universal y el conflicto interno del hombre, ya que el bien no siempre gana la batalla.

### III. Santo el enmascarado de plata

Comienza la conciencia del kitsch en el *establishment* y surge el mito del luchador inmortalizado por la máscara de plata. Compite en tierra católica en popularidad con el Papa ya que también tiene su lugar de honor en los peseros al lado de las estampitas de su “sabridad”.

Rodolfo Guzmán Huerta, mejor conocido como Santo el enmascarado de plata, nace en Tulancingo, Hidalgo; a lo largo de cuarenta y cuatro años de trabajo en la lucha libre fue un fiel defensor de los valores judeo-cristianos. Enfundado siempre en sus mallas color plata, con falsa voz de galán doblado en las películas, surrealista —por etiqueta mas no por convicción—<sup>6</sup>, es el icono más grande del kitsch en México. Siempre respetuoso con las mujeres —aunque se encuentre rodeado de damas semi-desnudas—, no fuma, no toma, es amigo de todos los niños, buen católico, fiel creyente de la Virgen de Guadalupe y del camino recto como fin a todos los males de la sociedad —representados fantásticamente a través de malévolos personajes contra los que lucha. Fuera del ring y de la pantalla siempre fue el enmascarado de plata, nunca se quitó la máscara ni aun después de morir —su última petición fue ser enterrado con ella.



<sup>6</sup>Su película *Santo contra las mujeres vampiro* fue ovacionada de pie en el Festival de San Sebastián por la crítica francesa, que la catalogó como una película surrealista.



Despersonalizado en nombre de la virtud, el hombre fue engullido por el mito y todo rezago de *marketing* fue heredado a su legado —el Hijo del Santo—, quien atizó la llama del fervor popular por el ídolo de las masas. Santo fue siempre lo que el pueblo quiso que fuera. En una entrevista realizada por Rubén Sano, Santo el enmascarado de plata dijo lo siguiente: “Mira, para filmar una película del Santo se ha llegado a la conclusión de que las películas de terror le encantan a la gente; los temas de monstruos son de sus preferidos y se filma este tipo de cine pensando en ella”<sup>7</sup> y pensando en la gente Santo se sacrificó a lo que podría parecer mandato superior del más terrible de todos los jueces: el pueblo.

El legado del Santo no lo constituyen sólo las innumerables películas o crónicas de las luchas en el ring, el Santo es una imagen tan fuerte como la del mismísimo Pancho Villa, es el molde con el que se formaron más de dos generaciones de la llamada *low people* —actualmente ha sido retomado por otros estratos fuera del nicho original. La lucha ya no es un concepto privativo de un grupo en particular, es actualmente uno más de los elementos que nos identifican internacionalmente, ahora ya todos quieren ser como el Santo: Feos, Fuertes y Formales.

#### IV. El presente de la lucha libre

México está inmerso en la cultura del *Alarma*, la gente se apega a lo que conoce y lo que pasa cerca de ella. Lo mismo sucede con la lucha libre, la gente quiere encontrar un punto de identificación con lo

que le agrada, apreciar lo que es y enorgullecerse del lugar al que pertenece. Como ejemplo de esto veamos una anécdota del llamado Perro de Nochistlán, Pedro “Perro” Aguayo, quien en sus comienzos en la lucha libre, al no poder pagar por unas botas finas, decidió forrar las suyas con peluche. Al pasar los años y hacerse de dinero y reconocimiento internacional, Pedro Aguayo decidió cambiar la cobertura de sus botas por algo más costoso y no sintético, pero sus admiradores y seguidores percibieron esto como un insulto hacia ellos: el ídolo

<sup>7</sup>Rubén Sano entrevista a Santo el enmascarado de plata, [www.santoelenmascaradodeplata.com](http://www.santoelenmascaradodeplata.com)

había dejado de tener ese vínculo con la humildad que lo unía a miles de fanáticos. Esto nos remite a lo antes mencionado: la gente siente identificación con las cosas que le resultan conocidas y su simbolismo. La lucha libre es por sí misma un arte, el arte que crea espectadores y no viceversa, es la forma más sencilla que encuentran los grupos para iniciar la depuración, es un proceso que al mismo tiempo los representa y liga —hablando de un plano subconsciente—, con las virtudes tan enaltecidas en la iglesia católica, la parte humana vinculada a las virtudes teologales es la que impulsa el desarrollo de la lucha actual. De una forma velada y un tanto infantil el hombre encuentra la justicia en la decisión del réferi; la fortaleza en el luchador que continúa la batalla aun sabiendo que la tiene perdida; la templanza en la concentración del luchador no dispuesto a dejarse llevar por la quimérica visión que le representa el vitoreo del público, y la prudencia en la forma en que el luchador decide qué es lo mejor para él y la contienda.

Las debilidades, fortalezas y excentricidades de estos personajes salen a flote a la hora de la lucha; el vestuario rebuscado y la aparatosa y sobrecargada presentación del luchador para el encuentro es lo que el espectador crea en su idealización del conflicto universal entre el bien y el mal, de otra forma éste se sentiría estafado y defraudado en la parte subconsciente de él que permanece en la niñez eterna, donde el vínculo y la idealización paterna es perpetua y constante, siempre representada por el luchador, poderosa imagen que es capaz de las más arriesgadas hazañas con tal de lograr el entretenimiento masivo. ●

N. de la E. Este ensayo resultó ganador de mención en el Concurso 33 de *Punto de partida*.



# *El paraíso que fuimos* o cómo los perros intentan atrapar su propia cola

Édgar Mora Bautista



Rosa Beltrán

*El paraíso que fuimos*

Seix Barral, México, 2002

Rosa Beltrán acaba de sacar al mercado bibliográfico su más reciente novela titulada *El paraíso que fuimos*, obra en la que la autora de otro libro interesantísimo, *La corte de los ilusos*, demuestra cómo se puede hacer literatura sin tener que apegarse a los cánones restrictivos que la globalización económica parece imponer también al arte. Con referencias a la realidad nacional y con un sentido del humor que va del Ibarregüengoitia de *Estas ruinas que ves a Mafalda* de Quino, y con estación programada en la mejor crítica paródica de *El eterno femenino* de Rosario Castellanos, Beltrán logra ofrecer una obra por demás terminada en cuanto a sus intenciones estéticas y a su afán de crítica de la situación de vida en la contemporaneidad.

Los personajes de la novela son un reflejo claro de las obsesiones que circundan a los hombres de principios del siglo XXI. Tobías, un niño que está convencido de ser un santo incompleto por aquello de la imposibilidad de que los demás entiendan el sacrificio y el dolor a través de los cuales quiere hacer su revelación mística, pareciera representar la anormalidad de un mundo en el que el concepto mismo se encuentra en crisis. Al pasar cada una de las páginas nos vamos convenciendo de la imposibilidad de determinar cuáles son los elementos que nos sirven de parámetros para medir lo que es correcto (o aceptado) por los demás, y aquello que debe ser reprimido, ocultado o indiferente para que el mundo en el que creemos siga valiendo lo mismo.

Con un sentido del humor que se agradece y que se convierte en uno de los grandes aciertos de la obra, la autora pasa revista a un conjunto de seres que, analizados a profundidad, no pueden ser los mejores ejemplos de la normalidad: una madre que se encuentra en un vacío existencial y que se refugia en una actividad febril destinada a complacer a los demás y a recuperar en determinado momento, aunque sea, el deseo de su marido; el marido, un hombre obsesionado con el éxito científico, infeliz por la notoriedad que le otorga su auge económico y que busca por todos los medios obtener un reconocimiento

que parta, no de los ceros que tiene en su cuenta de banco, sino de algo que lo eleve por encima de los demás, que lo dignifique y lo ennoblezca; una hija que pretende madurar con rapidez y que se convierte en la caricatura de un adulto con obsesiones y prejuicios aprendidos inconscientemente; otra hija que en la promiscuidad y el abandono encuentra su razón de existencia y la justificación para seguir viviendo; una abuela a la que todos creen fuera de este mundo, con un mal que a los demás les parece locura y que no es más que toma de conciencia de un cuerpo que de repente se reconoce ajeno; una tía que se dedica a cuidar a la abuela y que pretende llenar el hueco que deja el bulto de la madre muerta con una relación siempre ambigua con el psiquiatra de la familia.

Al mismo tiempo que se desarrolla la trama, no podemos pasar por alto el uso que la autora, a través de sus narradores, hace del lenguaje. En un alarde de musicalidad y poesía, de repente la primera voz se mezcla indiscriminadamente con un narrador omnisciente del cual no se puede dejar de sospechar su naturaleza o su propia omnisciencia, para recetarnos párrafos que mezclan la letanía religiosa con el discurso de los medios, sazonados con una pizca de frases célebres de los manuales de autoayuda y con una presentación especial de los discursos emitidos por las agencias gubernamentales. Beltrán realiza una crítica demoledora a las instituciones que emiten tales discursos: rebelión contra el discurso totalitario de la religión, contra la apariencia y ocultamiento de la realidad por parte de los gobiernos (bien decía Bolívar en el *Discurso de Angostura* que en el momento en el que se pretendió que la realidad se adaptara al discurso y no el discurso a la realidad, fue cuando la mentira política se instaló en nuestros países), contra la cultura del “bienestar interior”, contra la terapia grupal, contra los métodos psiquiátricos que parecen no haber cambiado desde la antigüedad más remota (con Foucault de testigo) y, en general, contra la pretensión de homogeneidad de lo que solemos definir como “normal”. Si a esto aunamos la narración de una parte de la obra por una voz colectiva, la inquietud se acrecienta vertiginosamente.

La idea contraria a la de “normalidad”, a ese juego fuera de las reglas de una mayoría democrática por número pero no por reflexión, es la de locura. Aquel que se rebela contra las reglas impuestas por las diferentes estructuras de la sociedad

(familia, escuela, iglesia, gobierno, medios de comunicación) no es un ser excepcional o cuya comprensión de la vida es diferente a la de la mayoría, ese ser es, simplemente, un loco. En este sentido, la literatura contemporánea de nuestro país ha fundamentado esta idea de la locura como un parámetro no válido para negar interpretaciones del mundo incómodas o no compartidas. Ejemplos de esa "reivindicación" de la locura serían el Gustav Links de Volpi en *En busca de Klingsor*, el Thadeus Dreyer de Padilla en *Amphytrion*, el Gregorio de Guillermo Arriaga en *El búfalo de la noche*, entre un gigantesco etcétera.

Hay en Beltrán características que, antes de leerla, podrían ubicarla en esa especie de división genérica tan frecuente en los planes mercadológicos de las editoriales: literatura para mujeres. El título mismo resulta engañoso y, si lo que el lector busca es una novela en la que la sensiblería, la sexualidad supuestamente desbordada y el realismo mágico de a tres pesos sea la constante, se encontrará con un fiasco, porque el libro de Rosa Beltrán sobrepasa con creces esas caracterizaciones. Hay en *El paraíso que fuimos* un deseo consciente de remover mucho de lo aprendido y convertirlo en un conocimiento más profundo de los mecanismos a partir de los cuales intentamos explicarnos el mundo. Es un libro para pensar con el corazón y para sentir con el cerebro. La autora no hace infiernitos de pirotecnia verbal o barroquismo retórico, hay en ella un apego a la frase exacta, breve, implacable y, al mismo tiempo, un afán descriptivo que supera la mera adjetivación.

Decía Goethe que los hombres tienden a comportarse como perros persiguiendo su propia cola, inmersos y ciegos dando vueltas en su pequeño círculo. Rosa Beltrán nos muestra qué es lo que ocurre cuando en una familia, que con los eufemismos actuales llamaríamos disfuncional, más de un miembro consigue atrapar esa cola y detenerse un momento a reflexionar si el esfuerzo invertido en tal misión realmente tiene el valor que se le suele otorgar. *El paraíso que fuimos* nos invita a llevar nuestra mirada hacia nosotros mismos, a nuestro círculo íntimo, nos pide un momento de tregua en esa persecución desenfundada de una cola que cada día se hace más pequeña. Bien por Rosa Beltrán y mejor por los lectores que se atrevan a enfrentarse a esta obra completa, circular e inmejorablemente escrita. ●

1.- Podrán participar todos los estudiantes de bachillerato, licenciatura y posgrado de México.

2.- Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias, escritos en computadora o máquina de escribir, a doble espacio. En el caso de viñetas y fotografías, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursa y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor, seudónimo, rubro en el que concursa, título del trabajo, escuela, número de cuenta, copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante, domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal), teléfono y, si se tiene, dirección de correo electrónico.

3.- El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

**Crónica:** de cinco a quince cuartillas.

**Cuento:** de cinco a quince cuartillas.

**Cuento breve:** dos cuartillas como máximo.

**Ensayo:** de cinco a quince cuartillas.

**Fotografía:** una serie temática de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 en blanco y negro.

**Fragmento de novela:** de diez a veinte cuartillas.

**Poesía:** de cinco a quince cuartillas.

**Teatro:** treinta cuartillas como máximo.

**Traducción literaria** (francés/español o inglés/español): de cinco a diez cuartillas. Deberá anexarse copia del texto en la lengua original.

**Viñeta:** una serie temática de cinco a diez originales en formato 1/2 carta a una tinta, en cualquiera de las siguientes técnicas: grafito, carboncillo, lápiz de cera, tinta china o acuarela.

4.- Ningún trabajo será devuelto.

5.- La fecha límite de entrega es el viernes 30 de enero de 2004. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del matasellos postal. *No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del 12 de diciembre de 2003 al 4 de enero de 2004).*

6.- El premio para cada uno de los géneros consiste en \$3,500.00 (TRES MIL QUINIENTOS PESOS M.N.), la publicación del trabajo ganador en la revista *Punto de partida*, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

7.- El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada género. Éstas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura.

8.- El jurado estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

9.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en los medios de comunicación.

10.- Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura.

Entrega de trabajos en  
Revista *Punto de partida*  
Dirección de Literatura  
Coordinación de Difusión Cultural  
UNAM, Zona administrativa exterior,  
edificio C, primer piso  
(frente al Museo de las Ciencias  
Universum),  
Insurgentes sur 3000, Coyoacán,  
Ciudad Universitaria, 04510 México,  
Distrito Federal.  
Informes en el teléfono: 5622-62-01  
o en [cestrada@correo.unam.mx](mailto:cestrada@correo.unam.mx)

